

FRANCISCO COMÍN,
MAURO HERNÁNDEZ,
y ENRIQUE LLOPIS, eds.

HISTORIA ECONÓMICA MUNDIAL

SIGLOS X-XX

8. LA EDAD DE ORO DEL CAPITALISMO (1945-1973)

CARLOS BARCIELA
Universidad de Alicante

8.1. INTRODUCCIÓN

En los cinco años posteriores a 1945, los europeos consiguieron reconstruir sus economías de las cenizas de la guerra. Después, el período 1950-1973 se caracterizó por una prosperidad general sin precedentes. El agudo contraste con la inestable etapa de entreguerras y con la crisis económica de 1973 ha llevado a muchos autores a calificar dicho período como la edad de oro del capitalismo. Más matizadamente, se ha hablado de una década de plata en 1950 y una década de oro en 1960. En efecto, el crecimiento económico fue sostenido y se extendió por la práctica totalidad del mundo. Los datos del PIB mundial, la población y el PIB por habitante y participación en el PIB mundial (véanse los cuadros 8.1, 8.2 y 8.3) nos permiten perfilar, inicialmente, los rasgos generales más significativos.

En primer lugar, el PIB mundial creció a una elevada tasa, cercana al 5 por 100 anual. Exceptuando el crecimiento de Japón (superior al 9 por 100), el crecimiento por grandes regiones se situó en valores muy cercanos a la media. En consecuencia, siguieron existiendo importantes diferencias del PIB, en términos absolutos, entre los países desarrollados y los países del tercer mundo, particularmente los de África. Europa occidental perdió sólo 0,6 puntos en su participación en el PIB mundial entre 1950 y 1973, mientras que los países que más perdieron, en posición relativa, fueron los de inmigración europea (Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda). Las ganancias fueron casi en su totalidad para Japón (4,7 puntos). Asia (sin Japón) y América Latina obtuvieron ligeras ganancias, y los países socialistas y África ligeras pérdidas, mucho más significativas en este último caso. Desde una perspectiva mundial, las diferencias interregionales se estrecharon ligeramente, aunque siguieron siendo elevadísimas, en proporción de 13 a 1. En segundo lugar, el comportamiento demográfico fue muy diferente entre los países desarrollados y los del tercer mundo, y en sentido

CUADRO 8.1. PIB POR HABITANTE Y DIFERENCIALES INTERREGIONALES
(dólares internacionales de 1990)

	1950	1973
Europa occidental	4.594	11.534
Países de inmigración europea*	9.288	16.172
Japón	1.926	11.439
Asia (sin incluir Japón)	635	1.231
América Latina	2.554	4.531
Europa del Este y URSS	2.601	5.729
África	852	1.365
Mundo	2.114	4.104
Diferencias interregionales	15:1	13:1

* Se incluyen en este grupo: Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.
FUENTE: Maddison (2002, 126).

CUADRO 8.2. CRECIMIENTO DEL PIB POR HABITANTE, DE LA POBLACIÓN Y DEL PIB:
MUNDO Y PRINCIPALES REGIONES (1950-1973)
(tasas de crecimiento anual medio compuesto)

	PIB por habitante	Población	PIB
Europa occidental	4,08	0,70	4,81
Países de inmigración europea	2,44	1,55	4,03
Japón	8,05	1,15	9,29
Asia (sin incluir Japón)	2,92	2,19	5,18
América Latina	2,52	2,73	5,33
Europa del Este y URSS	3,49	1,31	4,84
África	2,07	2,33	4,45
Mundo	2,93	1,92	4,91

FUENTE: Maddison (2002, 126).

opuesto al crecimiento del PIB. La población aumentó a un ritmo superior a la media mundial en América Latina, África y Asia y, menor a la media, en las regiones avanzadas, particularmente en la Europa occidental. Consecuentemente, en tercer lugar, el crecimiento en términos de PIB per cápita, presentó una distribución todavía más favorable a los países avanzados. Los continentes atrasados crecieron a una tasa inferior al 3 por 100, mientras que Europa occidental registró una tasa del 4,08 por 100, verdaderamente extraordinaria (dicha tasa fue del 1,32 en 1870-1913 y del 1,78 en 1973-1998), aunque inferior a la del «milagro» japonés. En cuarto lugar, el crecimiento económico fue estable y sostenido. La ausencia de crisis generó un clima de optimismo sobre las perspectivas de un de-

CUADRO 8.3. PARTES DE PIB MUNDIAL (1950-1973)
(porcentajes)

	1950	1973
Europa occidental	26,3	25,7
Países de inmigración europea	30,6	25,3
Japón	3,0	7,7
Asia (sin incluir Japón)	15,5	16,4
América Latina	7,9	8,7
Europa del Este y URSS	13,1	12,9
África	3,6	3,3
Mundo	100,0	100,0

FUENTE: Maddison (2002, 127).

sarrollo continuado; optimismo que se demostró injustificado al desencadenarse la crisis de 1973.

La segunda guerra mundial provocó cambios fundamentales en el peso económico relativo de los principales países desarrollados. Lo más significativo fue el ascenso definitivo de Estados Unidos al primer puesto de la economía mundial, duplicando su PIB entre 1939 y 1945. Entre 1941 y 1945, las exportaciones medias anuales de Estados Unidos a Europa ascendieron a 5.674 millones de dólares (el 56,4 por 100 del total de las exportaciones norteamericanas) mientras que las importaciones de Estados Unidos procedentes de Europa tan sólo alcanzaron la modesta cifra de 288 millones (un 8,2 por 100 del total de las importaciones norteamericanas). El despegue norteamericano en relación a Europa se explica pues, en gran medida, por las dos guerras mundiales que fueron, esencialmente, dos guerras civiles europeas. Sin cuestionar los méritos de Estados Unidos, cabe plantearse la pregunta de si ese éxito norteamericano no fue, sencillamente, el resultado de las tendencias autodestructivas de los europeos.

En este capítulo, intentaremos explicar las razones de esta larga etapa de prosperidad. Sin embargo, anticiparemos algunas de estas causas que consideramos fundamentales. La primera de ellas fue el cambio radical en la mentalidad de los europeos y, muy particularmente, en la de un excepcional grupo de dirigentes políticos. Frente a los planteamientos dominantes en 1914 y en 1939, que condujeron a catástrofes bélicas, los europeos de 1945 habían aprendido definitivamente las amargas lecciones de la historia y mostraban una decidida voluntad de construir una nueva Europa en paz y unida. La semilla europeísta sembrada en el período de entreguerras por políticos como A. Briand, E. Herriot o G. Stressemann, y por intelectuales como S. Zweig o R. Rolland, fructificó en la espléndida generación de estadistas que pusieron las bases de lo que hoy es la Unión Europea. La segunda, puede sintetizarse en la palabra cooperación. En contraposición al enfrentamiento y a las luchas de la Europa de entreguerras, la etapa posterior a 1945 se caracterizó por el espíritu constructivo y cooperativo entre las naciones

y, en interior de los países, entre las distintas clases y grupos sociales. El tercer elemento fue el nuevo papel que desempeñó el Estado en los asuntos económicos. Un Estado que asumió responsabilidades para mantener el pleno empleo y promover el crecimiento económico, pertrechado con los instrumentos proporcionados por la teoría económica keynesiana. Es fundamental resaltar que la novedad no residió tanto en la intervención estatal en la economía, práctica muy antigua, como en que la misma contó, por vez primera, con un abanico razonable de objetivos y con una teoría económica científica que proporcionaba medios para alcanzarlos. Finalmente, el factor tal vez más importante fue la plena implicación de Estados Unidos en la reconstrucción de la economía europea y en el diseño del nuevo orden internacional, económico, político y militar. Sin la ayuda norteamericana, la reconstrucción no habría sido posible y, lo que es aún más grave, Europa habría caído en manos de Hitler, primero, o de Stalin después.

La edad de oro del capitalismo coincide con el período de mayor esplendor, al menos en apariencia, de los países comunistas. La Unión Soviética y los países socialistas del este de Europa también conocieron un notable crecimiento económico y su prestigio internacional aumentó hasta el punto de que el sistema socialista apareció, para muchos habitantes del mundo, como una alternativa preferible al capitalismo. La prosperidad no se limitó al mundo desarrollado y a los países socialistas, sino que se notó también en el tercer mundo, incluidos algunos de los países que habían adquirido la independencia tras la oleada descolonizadora iniciada a partir de 1945.

Sin embargo, no fue un camino de rosas. El crecimiento económico, incluso el mejor reparto relativo de sus frutos, no impidió que persistieran importantes desigualdades. El caso de Estados Unidos, el país más rico del mundo, es el mejor ejemplo. Si bien es cierto que la renta media de los blancos y los negros tendió a aproximarse entre 1947 y 1970, cuando la renta media de los negros pasó del 51 por 100 al 64 por 100 de la de los blancos, en la última fecha señalada todavía el 32 por 100 de la población negra vivía por debajo del mínimo vital. Tampoco acabó la prosperidad de la edad de oro con la condición subordinada, cuando no explotada, de las mujeres. Es cierto que se produjo un amplio movimiento de incorporación de la mujer al trabajo fuera del hogar y que avanzó el proceso de igualación legal de derechos con los hombres en los terrenos civil y político. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres siguió sufriendo discriminación, laboral y salarial, y a pesar de ejercer un trabajo remunerado, la mayoría de las mujeres tuvo que seguir asumiendo las tareas del hogar, consideradas socialmente todavía como propias del sexo femenino.

En consecuencia, incluso en los países occidentales más prósperos y cuyos ciudadanos disfrutaron de niveles de consumo nunca conocidos y de unas posibilidades de tiempo libre totalmente impensables pocos años antes, se registraron importantes manifestaciones de descontento y malestar. Las huelgas «salvajes» declaradas en Gran Bretaña en 1967 y generalizadas más tarde por todo el continente europeo, el estallido de la protesta estudiantil de mayo de 1968, la difusión de la violencia racista, y la aparición de fenómenos terroristas en Alemania o Italia, reflejan un malestar provocado, en muchos casos, por nuevos problemas li-

gados a consecuencias no previstas del desarrollo. El abandono del campo, la explosión urbana con ciudades-dormitorio carentes de servicios, con viviendas de mala calidad y con altos costes en términos de tiempo de desplazamiento (y también económicos), o el difícil encaje de una inmigración masiva, aparecieron como graves problemas a los que las autoridades no pudieron hacer frente. La ausencia de grandes conflictos bélicos tampoco debería llenarnos de optimismo. Es cierto que no estalló la tan temida tercera guerra mundial, pero los conflictos regionales o locales, igualmente destructivos, proliferaron por todo el planeta. Además, la ausencia de un enfrentamiento directo no evitó el que las superpotencias destinaran una parte sustancial de sus recursos a una enloquecida carrera armamentista, en detrimento del bienestar de todos los ciudadanos del mundo. Finalmente, el intenso crecimiento económico tuvo un coste ecológico, pues aquella ola de prosperidad fue acompañada de un proceso de destrucción de la naturaleza. Tanto la industria como la agricultura se desarrollaron con tecnologías muy agresivas con el medio ambiente y altamente contaminantes. El desarrollo del turismo de masas y el crecimiento exponencial de las emisiones de gases, provocado por el espectacular desarrollo del transporte contribuyeron también a este proceso. La generalización de la carrera armamentista atómica y las pruebas nucleares realizadas en la atmósfera nos muestran al hombre ejerciendo de aprendiz de brujo.

8.2. GUERRA Y RECONSTRUCCIÓN

A una guerra que fue muy costosa en términos de financiación y de destrucciones siguió un intenso período de crecimiento económico, cuyas bases fueron la cooperación dentro de las naciones y entre las naciones, el nuevo orden económico internacional y la mayor implicación del Estado en los asuntos económicos y sociales.

Los costes de la guerra

Los daños provocados por la segunda guerra mundial (1939-1945) fueron enormes, incomparablemente mayores que los de la primera, y sin precedentes en la historia. Se calcula que, como mínimo, las víctimas alcanzaron los 16 millones de combatientes, más otros 26 millones de civiles. A ello hay que añadir los millones de heridos e inválidos permanentes y la masiva movilización de recursos para la guerra. Tal vez lo peor fue que, por primera vez en la historia, se produjo el aniquilamiento en masa de población civil no combatiente y se desplegaron políticas de exterminio, planificadas por los gobiernos totalitarios, contra minorías raciales y opositores políticos. Los bombardeos sobre Londres o Dresde, la voladura de Varsovia, las matanzas de Katyn y, sobre todo, los campos de exterminio nazis, son muestras de lo que fue una guerra sin reglas ni límites.

Desde una perspectiva puramente económica, la segunda guerra mundial exi-

gió un gigantesco esfuerzo presupuestario. El Programa para la Victoria norteamericano supuso un gasto militar, entre 1941 y 1945, diez veces superior al de la guerra de 1914. A modo de ejemplo, se puede recordar que la producción norteamericana de aviones militares pasó de 5.856 unidades en 1939 a 96.318 en 1944. Advértase que no sólo el número creció de forma exponencial, sino que también lo hizo el coste por unidad, dado el espectacular proceso de mejora y complejidad tecnológica de los aparatos. Similares ejemplos podrían ponerse para todas y cada una de las ramas de producción bélica. En 1943, en el apogeo de la guerra, Alemania dedicaba el 70 por 100 de la renta a gastos militares, la URSS el 61 por 100, Japón el 43 por 100 y Estados Unidos el 42 por 100.

Reconstrucción y concordia

Sin embargo, a pesar del gran esfuerzo bélico y de los enormes daños humanos y materiales, y a pesar del odio desplegado, la recuperación económica y la paz se lograron de forma muy rápida. En 1945, unos 350 millones de europeos se encontraban por debajo del nivel de desnutrición, con un consumo alimentario de menos de 2.000 calorías diarias. El año 1947 fue, en Francia, el «año terrible» y la ración diaria de alimentos fue incluso inferior que durante la ocupación alemana; Berlín seguía siendo una ciudad en ruinas, cuya población sobrevivía en medio de todo tipo de privaciones materiales, y sumida en un clima de postración moral. Sin embargo, el «milagro» de la recuperación económica de Europa era una realidad en 1950 (véase el cuadro 8.4). Si en lugar de referirnos a la producción total nos fijamos en la producción industrial se comprueba que la recuperación aún fue más rápida, dada la mayor lentitud en la reconstrucción del sector agrario. En 1949 los países de Europa occidental habían superado ampliamente los niveles prebélicos de producción industrial. ¿Cómo fue posible una recuperación tan rápida? La respuesta a esta pregunta es muy compleja, pero tiene una clave: la voluntad de cooperación entre todos los países y la ausencia de medidas revanchistas. En efecto, en contraste con el espíritu punitivo con los vencidos del Tratado de Versalles de 1919, en 1945 se impuso un espíritu de concordia y el deseo de construir un futuro en paz. Incluso los procesos judiciales contra los nazis, fascistas y colaboracionistas fueron suaves y se hizo un generoso esfuerzo para diferenciar entre alemanes y nazis, e italianos y fascistas.

En la creación de este ambiente de concordia y de apuesta por un futuro de paz y prosperidad, desempeñaron un papel fundamental los ciudadanos y los políticos convencidos de que otra Europa era posible, que la guerra era el mayor de los males y que había que evitar, a toda costa, un nuevo conflicto europeo. La Europa de 1945 tuvo la fortuna de contar con políticos como R. Schuman, P. H. Spaak, K. Adenauer, A. de Gasperi, J. Monnet y P. Van Zeeland, que, si bien es cierto que no tenían una idea precisa de cómo habría de ser la futura Europa, sí contaban con la experiencia de lo que supuso el nazismo y la guerra. Les movía un anhelo de paz y seguridad, que entendían no sólo como ausencia de guerra, sino también como la existencia de una sociedad más justa, más solidaria y más

CUADRO 8.4. DAÑOS DE LA GUERRA Y RECONSTRUCCIÓN POSBÉLICA

			<i>Tasa anual de crecimiento del PIB durante la reconstrucción (1945 hasta el año de la 2.ª columna)</i>
<i>Año de la preguerra en el que el PIB fue el mismo que en 1945</i>	<i>Año en el que el PIB recuperó el nivel más alto de la preguerra</i>		
Austria	1886	1951	15,2
Bélgica	1924	1948	6,0
Dinamarca	1936	1946	13,5
Finlandia	1938	1945	
Francia	1891	1949	19,0
Alemania	1908	1951	13,5
Italia	1909	1950	11,2
Holanda	1912	1947	39,8
Noruega	1937	1946	9,7
Suecia	Nunca		
Suiza	Nunca		
Reino Unido	Nunca		

FUENTE: Crafts y Toniolo (1996, 4).

democrática. Habían aprendido además de la historia, que no era posible una paz cerrada en falso con el virus del odio entre las naciones, así como la inutilidad de imponer gravosas reparaciones de guerra a los vencidos. No es posible referirnos con detalle a todos estos personajes, aunque podemos recordar algún detalle de sus biografías. De Gasperi fue encarcelado por el régimen de B. Mussolini, y Adenauer, miembro de una familia de la alta burguesía alemana, se opuso a los nazis y sufrió persecución por ello. Ambos compartían la idea de que el mayor peligro que amenazaba a Europa era la expansión del comunismo y que la única posibilidad de hacerle frente era la alianza de los países europeos entre sí y con Estados Unidos, la única potencia capaz de garantizar la seguridad de Europa frente a Stalin. Pero, más allá de la preocupación por la seguridad y el anticomunismo, estos dirigentes compartían la idea de que era necesario construir una nueva sociedad más participativa y socialmente más justa. El éxito electoral de la Democracia Cristiana (DC) italiana, en 1948, frente al poderoso Partido Comunista, se debió en gran medida a que la DC convenció a los italianos de que era el partido que, en alianza con Estados Unidos, podía garantizar la recuperación y la seguridad económica. En Alemania, Adenauer se mostró firme partidario, frente al ala derecha de su partido, de una economía social de mercado. Similares planteamientos pueden encontrarse en Schuman, para el que la seguridad no era sólo una cuestión de política exterior y militar, sino, también, un problema de cohesión social. Aún más arraigadas estaban estas convicciones en políticos socialistas como Spaak, convencido de que la seguridad militar de Europa sólo era posi-

ble con un nuevo orden económico y social, en el que quedara garantizada una justa redistribución de la renta y un mínimo de bienestar. Particular interés tiene la personalidad del ministro de Exteriores belga entre 1949 y 1954, Van Zeeland. En él se reunía una sólida formación económica en Princeton, su experiencia de la crisis de la década de 1930 trabajando en la Reserva Federal norteamericana y sus tempranas convicciones keynesianas, que le convirtieron en un firme defensor de las políticas de pleno empleo, de crecimiento económico y de creación de una sociedad del bienestar. Por su parte, Jean Monnet, el padre de la planificación francesa, sigue siendo un personaje lleno de atractivo; con unas magníficas relaciones personales con banqueros y abogados de Wall Street y Washington; muchos de los cuales llegaron a convertirse en políticos prominentes, gozó de la confianza y amistad de Dean Acheson y John Foster Dulles, entre otros muchos altos dirigentes norteamericanos, y se convirtió en una figura clave en las relaciones entre Europa y Estados Unidos.

El nuevo orden económico internacional de Bretton Woods

Este fue, precisamente, el segundo elemento crucial de la recuperación europea: la plena implicación norteamericana en el proceso. Estados Unidos se había mostrado reacio a intervenir en las dos guerras mundiales y, tras la primera, había optado por una política de repliegue interior. En 1945, en cambio, triunfaron los partidarios de implicarse en la reconstrucción, en la paz y en la creación de un nuevo orden mundial, bajo la hegemonía norteamericana. La ayuda económica estadounidense hizo posible la recuperación, y su paraguas militar garantizó la supervivencia de Europa, como pudo comprobarse de manera ejemplar en la crisis de Berlín, en la que el esfuerzo militar y económico de Estados Unidos impidió los planes anexionistas de Stalin, que había decretado el bloqueo de la capital alemana. Por cierto, conviene recordar que la complejísima operación de abastecimiento de Berlín fue posible gracias a los avances en los modelos econométricos, inspirados en los trabajos de un economista soviético, exiliado en Estados Unidos, llamado W. Leontief.

Este nuevo orden mundial ya se fue diseñando durante los años de la guerra. En 1941, el Congreso norteamericano aprobaba la Ley de Préstamo y Arriendo que proporcionaba una generosa ayuda militar para todos los países cuya defensa se consideraba vital para Estados Unidos. El Reino Unido y la Commonwealth recibían 31.200 millones de dólares, la URSS 10.900 y Francia 3.000, creándose las bases de una estrecha alianza. En sucesivas conferencias internacionales (Teherán, 1943; Yalta y Potsdam, 1945), los dirigentes soviéticos y norteamericanos, acompañados por los británicos, diseñaron el nuevo mapa político europeo de la paz. Además, y de manera similar a lo que ocurrió en la primera posguerra, surgió un impulso de cooperación que propició la creación de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco en 1945, con el propósito de erradicar la guerra como medio de solución de los conflictos entre las naciones. Desde el punto de vista de la reconstrucción económica, el protagonismo correspondió a la Con-

CUADRO 8.5. DISTRIBUCIÓN DE LOS FONDOS ERP
(EUROPEAN RECOVERY PROGRAM) ENTRE LOS PAÍSES ADHERENTES
(de abril de 1948 a junio de 1951)

	Millones de dólares	Porcentaje sobre el PNB de 1950
Reino Unido	2.731,6	7,2
Francia	2.401,0	9,2
Alemania (RF)	1.297,3	5,1
Italia	1.297,3	8,5
Holanda	977,7	17,2
Austria	560,8	20,3
Bélgica y Luxemburgo	546,6	9,8
Grecia	515,1	27,7
Dinamarca	256,6	8,5
Noruega	231,7	7,8
Irlanda	146,2	12,0
Turquía	144,7	
Suecia	118,5	1,8
Portugal	50,5	2,8
Trieste	33,4	
Islandia	23,7	
TOTAL	11.314,7	

Nota: El total no incluye los fletes, los gastos administrativos, la ayuda humanitaria anterior al inicio del ERP, ni los fondos asignados a instituciones multilaterales como la UEP. Una vez incluidos alcanzan los trece mil millones.

FUENTE: Carreras (2003, 388).

CUADRO 8.6. AYUDA DE ESTADOS UNIDOS A EUROPA OCCIDENTAL
EN MILLONES DE DÓLARES (1947-1955)

Ayuda militar		Ayuda económica		
		Donativos	Préstamos a largo plazo	Total
1947	43	672	3.737	4.409
1948	254	2.866	1.213	4.079
1949	170	3.951	503	4.454
1950	463	2.775	180	2.955
1951	1.112	2.317	84	2.401
1952	2.151	1.453	453	1.906
1953	3.435	1.138	172	1.310
1954	2.313	1.018	105	1.123
1955	1.593	800	74	874
TOTAL	11.534	16.990	6.521	23.511

FUENTE: Niveau (1968, 345).

ferencia de Bretton Woods (1944), en la que ingleses y norteamericanos diseñaron el futuro marco de las relaciones económicas internacionales y en la que se crearon dos organismos, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). En aquellas negociaciones también se habló de la creación de un organismo que favoreciese el comercio internacional, reduciendo las barreras cuantitativas y arancelarias al mismo; en base a ello, nació el GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*, Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, cuya primera reunión fue en 1947). Estos tres organismos estarían en la base del crecimiento de la edad de oro, pues ayudaron a la reconstrucción y al crecimiento económico (BM), al funcionamiento del sistema monetario internacional (FMI) y al crecimiento del comercio multilateral gracias a la reducción del proteccionismo comercial (GATT).

Sin embargo, los acuerdos de Bretton Woods no resolvían los problemas inmediatos de Europa, y particularmente los de alimentar, vestir y atender sanitariamente a una población que carecía de todo. La creación de la UNRRA (*United Nations Relief and Rehabilitation Administration*) en 1944, respondía a estas necesidades. A través de este organismo se distribuyó una cuantiosa ayuda que salvó de la muerte por inanición a millones de europeos. No obstante, fue el ERP (*European Recovery Program*), popularmente conocido como Plan Marshall (1947), el proyecto que culminó la implicación política y económica en la reconstrucción de Europa y en su defensa militar frente a la URSS (véanse los cuadros 8.5 y 8.6). Las relaciones entre Estados Unidos y la URSS se habían empezado a deteriorar nada más acabar la guerra y la desconfianza y los recelos eran mutuos. La acuñación del término «telón de acero» por W. Churchill marcó un paso importante en la guerra fría que el Plan Marshall terminó por hacer oficial.

El nuevo papel del Estado y las políticas keynesianas

La recuperación económica fue resultado también de los nuevos planteamientos económicos, fruto de la revolución keynesiana, de las políticas de bienestar y del importante progreso en el conocimiento de la realidad económica. El keynesianismo supuso un giro radical en lo que concierne al papel del Estado en la economía. Frente a los ciclos económicos, la ortodoxia clásica sostenía que existían mecanismos automáticos que, sin la intervención del Estado, conducían a una nueva situación de equilibrio. La teoría keynesiana reivindicaba un papel activo del Estado, de la política monetaria y fiscal, en el sostenimiento de la demanda efectiva y del empleo y en la lucha contra las crisis. Los ministros de hacienda ya no tenían temor al déficit presupuestario, que era una herramienta fundamental para evitar las crisis y favorecer el crecimiento económico. En lo que concierne a las políticas de bienestar, su expresión más temprana y completa se la debemos a lord Beveridge que, en 1944, había sostenido que la política económica debía tener como objetivo abatir los cinco gigantes del mal: la miseria, la enfermedad, la ignorancia, la suciedad y la ociosidad. Suyo fue el Plan Beveridge que gestó el Estado del bienestar en el Reino Unido, implantando el sistema

general de la seguridad social, que implicaba el suministro de sanidad y educación gratuita, además de los seguros generalizados de desempleo y jubilación y una política de vivienda para toda la población. El Estado tenía que garantizar que cada ciudadano recibiera la protección debida, en las mejores condiciones posibles, para desarrollar todas sus potencialidades personales. Tras la segunda guerra mundial, además, el Estado comenzó a intervenir directamente en la producción a través de las empresas públicas en los países de la Europa occidental. Se nacionalizaron muchas empresas en los sectores de servicios públicos de red (agua, gas, electricidad, ferrocarriles, aviación, telefonía), en las actividades industriales (minería del carbón, construcción naval y aeronáutica, transformados metálicos, química) e, incluso en algunos países se nacionalizaron también, los sectores bancarios y de seguros. Finalmente, hay que destacar también los importantes avances en el conocimiento de la realidad económica, especialmente en el campo de la contabilidad nacional y la elaboración de modelos econométricos. Los progresos tuvieron lugar en ambos lados del Atlántico, en Estados Unidos y en el Reino Unido y Suecia, y también por la muy favorable influencia de la Oficina de Estadística de las Naciones Unidas.

La rapidez de la recuperación de la economía europea no debería hacernos olvidar las extraordinarias dificultades y sacrificios que tuvieron que sufrir los habitantes de Europa azotados por el hambre, la miseria, la enfermedad y el dolor. Millones de inválidos se vieron condenados a una existencia llena de privaciones y otros muchos millones de huérfanos a carecer de un hogar en el que poder crecer y formarse. Las duras condiciones de vida provocaron importantes conflictos sociales entre 1947 y 1949 impulsados por fuertes organizaciones políticas de izquierda, en particular por los partidos comunistas. Muchas veces se olvida que la rica Europa de los años sesenta se construyó sobre el sacrificio de los europeos que tuvieron que trabajar mucho y muy duramente durante los años de la reconstrucción y la recuperación.

8.3. UN CRECIMIENTO ECONÓMICO SIN PRECEDENTES

Durante la edad de oro del capitalismo se produjeron una serie de fenómenos, y además con una gran intensidad, desconocidos hasta entonces: convergencia real entre las economías, pleno empleo del factor trabajo, cambios estructurales en la producción, estabilidad monetaria y cambiaria y, finalmente, mejoras en los niveles de bienestar.

Un período de convergencia

El cuadro 8.7 recoge las tasas de crecimiento del PIB por habitante de las principales naciones desarrolladas del mundo. Se puede observar que el crecimiento fue general en todos los países, aunque más intenso en Europa (4,1 por 100) que en los países de inmigración europea (2,4 por 100). Entre los europeos, el

crecimiento fue mayor en los países atrasados del sur que en los del norte ya industrializados. Frente a un crecimiento, en promedio, del 3,9 por 100 de los doce principales países de Europa occidental, Grecia creció un 6,2, España un 5,8 y Portugal un 5,6. Entre los países avanzados destaca el buen comportamiento de Alemania (5), Italia (4,95) y Francia (4,25), mientras que en el extremo opuesto resalta la mala trayectoria del Reino Unido con un débil 2,4. Para el conjunto de los países desarrollados, el crecimiento fue muy estable y osciló entre una tasa máxima anual del 7,7 por 100 en 1949 y un mínimo del 2,4 por 100 en 1958. Los períodos más intensos de crecimiento fueron los de la recuperación (1947-1951) y los primeros años de la década de 1960 (1960-1964).

El resultado de la diversidad en las tasas de crecimiento fue un cambio relativo de cierta importancia en la distribución del PIB en el mundo desarrollado. Europa, a pesar de su espectacular crecimiento (su PIB en términos constantes pasó de 1,40 billones de dólares a 4,13), perdió posiciones relativas, del 26,3 al 25,7 por 100 del total mundial. El declive relativo de Estados Unidos fue aún más intenso, del 27,3 al 22 por 100. Las posiciones perdidas por Europa y Estados Unidos fueron ocupadas, casi en exclusiva, por Japón, cuya participación pasó del 3,0 al 7,7 por 100. Entre los países europeos destaca el fuerte declive relativo del Reino Unido (del 6,5 al 4,2) y el auge de Alemania (5,0 al 5,9).

Los datos anteriores muestran, de manera inequívoca, que Estados Unidos creció más lentamente que la Europa occidental en la época dorada. En el cuadro 8.8 puede observarse con más detalle este proceso de convergencia, tanto en el PIB por habitante como en el PIB por hora trabajada. Sin cuestionar esta evidencia hay que ser muy cautos a la hora de extraer conclusiones. En primer lugar, al tomar como años de referencia 1950 y 1973 se introduce un sesgo importante. En 1950 las economías europeas tenían, tan sólo, un nivel similar al de 1939, mientras que Estados Unidos había experimentado en esos años un desarrollo espectacular. La producción industrial norteamericana aumentó en un 72 por 100 entre 1938 y 1947, mientras que disminuyó, levemente, la europea. En el período de recuperación, de 1948 a 1955, Europa creció un 76 por 100, pero Estados Unidos registró un notable 33 por 100. A partir de 1950 los europeos pudieron colmar una parte de su desfase, incorporando a sus economías tecnología y procedimientos norteamericanos. Pero, aunque Estados Unidos creció más despacio, su ritmo fue estimable y constante y su progreso tecnológico impresionante. En 1973, el proceso de convergencia de Europa con Estados Unidos no había alterado, en esencia, la desigualdad. El potencial de desarrollo, dada la diferencia en el progreso tecnológico, seguía siendo muy favorable para los norteamericanos.

El pleno empleo

Los años dorados lo fueron también, y de manera destacada, desde el punto de vista del empleo (véase el cuadro 8.9). De hecho, uno de los objetivos fundamentales de la política económica era, junto al crecimiento económico, la conse-

CUADRO 8.7. TASA DEL CRECIMIENTO DEL PIB
POR HABITANTE (*porcentajes*)

	1950-1973
Austria	4,94
Bélgica	3,55
Dinamarca	3,08
Finlandia	4,25
Francia	4,05
Alemania	5,02
Italia	4,95
Países Bajos	3,45
Noruega	3,19
Suecia	3,07
Suiza	3,08
Reino Unido	2,44
12 países de la Europa occidental	3,93
13 pequeños países de la Europa occidental	3,58
Grecia	6,21
Irlanda	3,04
Portugal	5,66
España	5,79
Total Europa occidental	4,08
Australia	2,34
Nueva Zelanda	1,72
Canadá	2,74
Estados Unidos	2,45
4 países de inmigración europea	2,44

FUENTE: Maddison (2002, 186).

cución del pleno empleo, propuesta por el keynesianismo y el Estado del bienestar. El número de empleados creció en todos los países desarrollados y aumentó también el porcentaje de la población activa, fruto, en parte, de la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Destaca el crecimiento del empleo en Japón, el alto nivel alcanzado por la URSS en comparación con los países desarrollados (rasgo característico de las economías socialistas), y de modo muy especial la mediocre trayectoria de España, que refleja la baja capacidad de generación de empleo, tradicional de la economía española. Los países europeos presentaban importantes diferencias, tanto en la creación de puestos de trabajo, como en los cambios en la tasa de población activa. En lo concerniente al número de empleos destaca Alemania que pasó de 28,7 a 35,5 millones de empleados, lo que suponía casi la tercera parte de todo el empleo creado en la Europa occidental.

En lo concerniente a las tasas de actividad, los comportamientos fueron muy diversos, debido a un cúmulo de circunstancias nacionales (factores culturales, cambios en la educación, incorporación de la mujer al mercado laboral). Así, encontramos países con una gran estabilidad en bajos niveles relativos de actividad como Bélgica y Holanda, frente a países con altos niveles y con tendencia creciente como Suiza y Dinamarca. Entre los países grandes, la tasa aumentó en Alemania, al igual que en el Reino Unido, mientras que en Italia y en Francia sufrió un leve declive. Lo que más importa destacar es que, al margen de estas diferencias, el comportamiento en la generación de empleo fue muy satisfactorio en todos los países, como muestran los datos del desempleo. La tasa media de paro en el período 1950-1973, en los países de la Europa occidental, fue sólo del 2,6 por 100 de la población activa, cifra que sería añorada después, cuando entre 1994-1998 se llegó a un porcentaje del 10,7 por 100. Japón todavía tuvo un comportamiento mejor con una tasa del 1,6, mientras que en Estados Unidos el desempleo fue más elevado que en Europa, un 4,6 por 100, aunque posteriormente respondió mejor ante la crisis aumentando sólo hasta el 5,3 por 100. Entre los países europeos los peores datos corresponden a Italia que con un 5,5 duplicaban el nivel medio europeo de paro, aunque las cifras italianas deben tomarse con algunas reservas. En 1950 el desempleo era todavía un grave problema en países como Alemania (8,2) e Italia (6,9). Sin embargo, en Alemania dicha tasa había descendido al 1,1 en 1960 y al 1 en 1973, a pesar de la fuerte inmigración de alemanes orientales primero y de extranjeros después. Finalmente, hay que destacar que las tasas de paro se redujeron rápidamente durante la década de 1950 (pasando del 3,8 al 2,4) tendiendo a estabilizarse, incluso a crecer levemente, a comienzos de la década de 1970 (un 3,1 en 1973). En conclusión, y en agudo contraste con los problemas de paro que azotaron a la Europa de entreguerras y a lo que sucedió tras la crisis petrolífera, el período 1950-1973 se caracterizó por unas excepcionales oportunidades que condujeron a una situación prácticamente de pleno empleo.

CUADRO 8.8. EUROPA OCCIDENTAL Y ESTADOS UNIDOS: GRADO DE CONVERGENCIA DE LA PRODUCTIVIDAD Y DEL PIB POR HABITANTE (1950-1973)
(Estados Unidos = 100)

	Nivel del PIB por habitante		Nivel del PIB por hora trabajada	
	1950	1973	1950	1973
Francia	55	79	46	76
Alemania	41	72	32	62
Italia	37	64	35	67
Reino Unido	72	73	63	67
12 países de la Europa occidental	52	73	44	68
España	25	52	21	46

FUENTE: Maddison (2002, 132).

CUADRO 8.9. EVOLUCIÓN DEL EMPLEO (1950-1973)

	Número total de empleos (millares)		Porcentaje sobre la población	
	1950	1973	1950	1973
12 países de la Europa occidental*	111.383	130.215	43,4	43,3
España	11.662	13.031	41,8	37,4
Estados Unidos	61.651	86.838	40,5	41,0
URSS	64.664	85.246	47,3	51,4
Japón	35.683	52.590	42,7	48,4

* Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza, Reino Unido.

FUENTE: Maddison (2002, 343, 353).

Los cambios en la estructura productiva

El crecimiento económico vino acompañado, y fue fruto, de importantes cambios en la estructura productiva, como puede apreciarse en el cuadro 8.10. Se puede afirmar, aunque con algunos matices importantes que plantearemos más adelante, que en este período se produjo el declive definitivo del sector agrario en los países desarrollados. A comienzos de la década de 1970 la población activa en la agricultura representaba tan sólo un 2,9 por 100 del total en el Reino Unido, un 4,1 por 100 en Estados Unidos, un 6,1 en Holanda y un 10,9 en Francia, país de gran tradición y riqueza agraria. En Japón ascendía hasta el 13,4, pero su descenso había sido el más drástico ya que en 1950 era todavía el 48,3 por 100. No obstante, el sector agrario siguió teniendo un importante peso en la economía de los países desarrollados. Por una parte, la introducción de una amplia gama de innovaciones permitió aumentar la productividad, los rendimientos y la producción total agraria. La productividad de la agricultura aumentó, entre 1950 y 1973, a una tasa mayor que la de la industria en Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos. Por otra parte, y por una variada serie de razones (estratégicas, culturales, políticas) los países desarrollados implantaron políticas agrarias de corte muy proteccionista. La conjunción de ambos elementos, condujo a una situación de práctico autoabastecimiento alimentario del mundo desarrollado, primero, y a la progresiva generación de excedentes, después, lo que mermó radicalmente las posibilidades exportadoras de los productores agrarios del tercer mundo.

Paralelamente al descenso del empleo agrario, se produjo un aumento en la minería, la industria y la construcción, aunque en algunos casos se empezaba a notar un cierto declive industrial, fruto del fuerte proceso de terciarización que traía consigo el gran crecimiento del sector servicios. Este crecimiento industrial vino acompañado, igualmente, por cambios en la composición del producto y por cambios en los mismos productos. El sector que conoció un declive más impor-

tante fue el textil, uno de los motores de la primera industrialización. La química y los productos metálicos elaborados fueron los que conocieron un mayor crecimiento, permaneciendo estabilizada la producción de metales. Mención especial merece el sector de la alimentación, que experimentó un leve declive, aunque mantuvo una posición fundamental, dato que refuerza lo dicho antes sobre la importancia que el sector agroalimentario siguió teniendo en las sociedades desarrolladas. Igualmente, se aprecia un crecimiento generalizado del sector servicios que en 1973 empleaba casi al 50 por 100 de la población activa. Este espectacular crecimiento de los servicios tuvo dos componentes. Por una parte, se debió al desarrollo de los servicios tradicionales: bancarios, seguros, comunicaciones y telecomunicaciones, y, por otra, al surgimiento y auge de nuevos servicios, particularmente, los vinculados al desarrollo del Estado del bienestar como la sanidad y la educación, así como el turismo.

La estabilidad monetaria y cambiaria

Todo este proceso de crecimiento y de cambios estructurales se produjo en un marco de gran estabilidad monetaria y cambiaria. Atrás quedaron, y parecía que definitivamente, los graves problemas inflacionarios, las convulsiones monetarias y los problemas de inestabilidad cambiaria que azotaron a la Europa de entreguerras. Entre 1950 y 1973, la Europa occidental experimentó una inflación del 4,3 por 100 anual, los países de inmigración europea del 3,4 por 100 y Japón del 5,2 por 100. El contraste con las crisis inflacionistas y deflacionistas que había sufrido Europa entre 1913 y 1950 no puede ser más agudo. Entre los países euro-

CUADRO 8.10. ESTRUCTURA DEL EMPLEO (1950-1973)
(porcentajes sobre el total)

		Agricultura, bosques y pesca	Minería, industria y construcción	Servicios
Francia	1950	28,3	34,9	36,8
	1973	10,9	38,5	50,6
Alemania	1950	22,2	43,0	34,8
	1973	7,1	46,6	46,3
Japón	1950	48,3	22,6	29,1
	1973	13,4	37,2	49,4
Holanda	1950	13,9	40,2	45,9
	1973	6,1	35,5	58,4
Reino Unido	1950	5,1	46,5	48,4
	1973	2,9	41,7	55,4
Estados Unidos	1950	13,0	33,3	53,7
	1973	4,1	32,3	63,6

FUENTE: Maddison (1996, 46).

peos destacó por su estabilidad Alemania, con una tasa del 2,7 por 100, fruto del rigor de la política monetaria del *Bundesbank* y del horroroso recuerdo que los alemanes tenían de los episodios de hiperinflación y destrucción de su moneda tras las dos guerras mundiales. La solidez y estabilidad del marco se hicieron proverbiales, lo que unido al peso demográfico y económico de Alemania, terminaron convirtiendo a la divisa germana en la referencia del sistema monetario europeo.

Lo mismo podemos afirmar en relación a los cambios exteriores de las monedas. Tras las inevitables dificultades derivadas de la guerra, se consolidó un sistema de tipos de cambio fijos que funcionó de forma suave y eficaz. Conviene recordar que el buen funcionamiento del sistema monetario se debió tanto a las virtudes teóricas del sistema de Bretton Woods como a la voluntad de cooperación entre los países para su sostenimiento. En efecto, en esta estabilidad tuvo mucho que ver el papel del FMI y el sistema de tipos de cambio fijos creado en Bretton Woods, en el que todas las divisas tenían una paridad frente al dólar (y eran convertibles al dólar), y el dólar tenía una paridad fija frente al oro (que era la divisa de reserva y convertible para los bancos centrales en oro). Los tipos de cambio sólo eran ajustables cuando los desequilibrios de la balanza de pagos fueran estructurales, y los préstamos del FMI fueran insuficientes para mantener la paridad de la divisa. Tan sólo a finales de la década de 1960 se produjeron algunas crisis cambiarias, que resultaron inevitables dadas las distintas tasas de inflación que sufrieron los diversos países europeos durante la etapa de prosperidad.

La mejora de los niveles de bienestar

El crecimiento económico de los países desarrollados se tradujo en una importante mejora del nivel de bienestar de la población. Los ciudadanos de estos países tuvieron acceso a una alimentación mejor y más variada, y pudieron adquirir más y mejores prendas de vestido. Igualmente aumentaron las posibilidades de comprar una gran variedad de bienes de consumo duradero, en primer lugar la vivienda, pero también toda una amplia gama de equipamientos, entre los que ciertos electrodomésticos (frigoríficos, lavadoras o televisores) tuvieron un protagonismo destacado. Algunos de estos aparatos facilitaron el proceso de incorporación de la mujer al trabajo fuera del hogar y, en cualquier caso, contribuyeron a aliviar la carga de las tareas domésticas. De estos bienes, tal vez el que refleja mejor el carácter de esta época es el automóvil (véase el cuadro 8.11). La popularización del coche familiar, unida al aumento del tiempo libre (fines de semana y vacaciones), dio lugar a una pequeña revolución para los ciudadanos de los países desarrollados, abriendo unas posibilidades hasta entonces inimaginables de viajar, contribuyendo de manera decisiva al desarrollo del turismo de masas.

Sin lugar a dudas, el cambio más importante en la vida de los ciudadanos occidentales de este período fue el aumento del tiempo libre. Los individuos fueron retrasando, a medida que los años de escolarización aumentaban, su incorporación a la vida laboral y, paralelamente, se fue adelantando la edad de retiro. El nú-

mero de días de vacaciones pagadas fue también en aumento y se generalizó la semana laboral de cinco días. En consecuencia, el número de horas trabajadas por persona empleada se redujo notablemente (véase el cuadro 8.12), aunque con importantes diferencias por países. En Suecia fue más radical esa reducción, mientras que en Suiza y, particularmente, en Japón se seguía trabajando muchas horas, aunque menos que en países atrasados como España.

Finalmente, aunque no es lo menos importante, los habitantes del mundo desarrollado tuvieron un acceso cada vez más fácil a servicios educativos y sanitarios, gracias, entre otras cosas, a los nuevos sistemas de seguridad social establecidos por los gobiernos. La lucha contra la enfermedad y el dolor, una de las peores lacras sufridas por los hombres de todos los tiempos, logró, en este período, éxitos destacadísimos y se elevó también notablemente el nivel educativo. En definitiva, los europeos y occidentales trabajaron menos, tuvieron más tiempo libre y enormes oportunidades para disfrutarlo, dispusieron de viviendas más confortables y equipadas con una gran variedad de electrodomésticos, se vistieron y se alimentaron mejor, su educación se amplió y recibieron mayores atenciones sanitarias. Desde un amplio punto de vista, podemos afirmar que su nivel de bienestar mejoró, lo que no significa, necesariamente, que se sintieran siempre más satisfechos o más felices.

8.4. FUNDAMENTOS DEL CRECIMIENTO

Que el crecimiento económico en este período fue excepcional lo demuestra sobradamente la información cuantitativa. Lo verdaderamente importante es entender sus causas. En las últimas décadas, historiadores y economistas se han esforzado en determinarlas y, aún más, en medir la importancia relativa de cada factor y su impacto cuantitativo en el crecimiento. Los resultados han sido satisfactorios, aunque sean sólo aproximaciones, ya que existe una estrechísima relación entre todos los factores productivos, lo que exige, en la práctica, que progresen de modo equilibrado. Con un ejemplo sencillo: las mejoras en la productividad de la agricultura han sido fruto simultáneamente de los progresos técnicos en la maquinaria, el abonado, las especies cultivadas, los tratamientos fitosanitarios, la capacitación de la mano de obra y la organización de la empresa agraria. Y todo ello sólo ha sido posible gracias a la investigación agraria y su financiación, así como al crédito a los agricultores para aplicar las nuevas tecnologías.

La contabilidad de los aumentos de productividad

¿Qué parte exacta del crecimiento de la productividad de una economía se debe al capital humano, al progreso tecnológico, las mejoras organizativas, el capital físico, el comercio exterior o las políticas estatales de apoyo a la agricultura? A pesar de las evidentes dificultades, las investigaciones han obtenido algunos resultados interesantes (véase el cuadro 8.13). Resumiendo mucho, podemos

CUADRO 8.11. DIFUSIÓN DEL AUTOMÓVIL Y DE LA TELEVISIÓN
(unidades por mil habitantes)

	Automóviles		Televisiones	
	1950	1970	1960	1970
Italia	7	192	43	181
Francia	37 ^a	252	41	201 ^c
Alemania RFA	13	227	83	272
Alemania RDA		73	60	282
Suecia	36	285	156	312
España	3	70	8	174
Holanda	14	192	43	223 ^c
Reino Unido	46	209	211	293
Grecia	1	26		10
Portugal	7	60	5	38
Polonia	2 ^b	15	14	129
Hungría		24	10	171
Yugoslavia	1 ^b	35	1,4	88
Rumania		2	3	73
URSS			22	143

NOTAS: a) 1948, b) 1955, c) 1969.

FUENTE: Carreras (2003, 315-317).

CUADRO 8.12. NÚMERO DE HORAS ANUALES TRABAJADAS
POR PERSONA EMPLEADA

	1950	1973
Francia	1.926	1.771
Alemania	2.316	1.804
Italia	1.997	1.612
Holanda	2.208	1.751
Suecia	1.951	1.571
Suiza	2.144	1.930
Reino Unido	1.958	1.688
España	2.200	2.150
Estados Unidos	1.867	1.717
Argentina	2.034	1.996
Brasil	2.042	2.096
Chile	2.212	1.955
México	2.154	2.061
Japón	2.166	2.042

FUENTE: Maddison (2002, 345).

afirmar que la importancia del incremento del factor tierra (recursos naturales) ha sido escasa, de hecho nula en los países desarrollados. La cuota del factor trabajo presenta, por su parte, amplias variaciones: muy alta en los países subdesarrollados y en la URSS, pero también en países avanzados como Estados Unidos, Japón y Alemania. En general, resultó mucho más importante la mejora del factor trabajo, es decir, la capacitación fruto de un mayor nivel educativo, que los incrementos del volumen (en muchos países se registró una disminución de las horas trabajadas). También es muy variada la participación del capital; muy elevada en el caso de la URSS, lo que refleja a la vez sus progresos y sus problemas, como veremos. En los países avanzados el factor capital explica, en promedio, el 26 por 100 del crecimiento (33 por 100 en Gran Bretaña, y 21 en Francia). El crecimiento del *stock* bruto de maquinaria y equipo por empleado fue muy grande (véase el cuadro 8.14), un 6,8 por 100 como media para Europa, una tasa que casi triplicaba la de Estados Unidos (2,4 por 100). Sin embargo, pese a que en términos absolutos la diferencia se redujo espectacularmente, la economía norteamericana seguía gozando de una ventaja notable.

En síntesis, el porcentaje del crecimiento explicable por los factores tierra, trabajo y capital, fue relativamente bajo en los países desarrollados y muy alto en los subdesarrollados y en la URSS: el 90 por 100 del crecimiento soviético, el 74 por 100 de Asia y el 66 por 100 de América Latina, pero sólo el 38 por 100 de los países de la OCDE. ¿A qué se debió, entonces, el desarrollo de estos países? Como apuntábamos antes, fue fruto de lo que se conoce como productividad total de los factores (PTF), un término que carece de una definición precisa, en el que englobamos las mejoras no cuantificables en los factores productivos, la racionalización en la asignación de los recursos, el perfeccionamiento en la organización productiva o la difusión general de los progresos tecnológicos, organizativos e institucionales. En definitiva, se trata de un crecimiento intensivo fruto de un avance equilibrado en la aplicación de factores productivos de creciente calidad y de la eficiencia en su empleo. Este modelo intensivo occidental contrasta vivamente con el soviético, basado en la utilización masiva de recursos, aunque con frecuencia empleados de forma desorganizada e ineficiente.

El crecimiento en la Europa occidental: los factores institucionales

La contabilidad del crecimiento nos ha proporcionado pistas importantes, pero no responde a la pregunta sobre las razones últimas del crecimiento, porque el factor residual (PTF) es importante y dentro del mismo es imposible asignar responsabilidad a las cuestiones tecnológicas, empresariales o de la acción pública. En efecto, nos indica la importancia de algunos elementos, como las mejoras en la organización productiva, el comercio internacional o la tecnología, pero no aclara a qué se debieron esas mejoras.

CUADRO 8.13. CONTABILIDAD DEL CRECIMIENTO (1950-1973)

Bloque o País	Crecimiento del PIB	Contribución del factor			Contribución de la PTF ¹
		Tierra	Trabajo	Capital	
		En porcentajes			
OCDE ²	5,4	0	12	26	62
URSS	5,1	3	35	51	10
Asia ³	5,6	1	41	33	26
América Latina	5,2	3	35	27	34
Japón	9,3	-1	16	26	59
Estados Unidos	3,7	0	31	28	41
Gran Bretaña	3,0	0	2	33	66
RFA	5,9	0	2	27	70
Francia	3,1	0	7	21	72

Notas: 1) PTF: Productividad Total de los Factores; 2) Media aritmética de los cinco países siguientes: Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña, RFA y Francia; 3) Engloba a Japón; sin este país, el PIB asiático sería 5,2.

FUENTE: Carreras (2003, 394).

Los organismos internacionales para la cooperación

El factor crucial fue el espíritu de cooperación entre naciones y en el seno de las propias naciones, así como su desarrollo y consolidación institucional. La cooperación internacional se manifestó muy pronto, como ya hemos visto, y desembocó, en el caso de Europa, en el ambicioso proyecto del Mercado Común, con la firma del Tratado de Roma en 1957. Para llegar a este punto, los europeos, con la ayuda inestimable de Estados Unidos, fueron creando unas sólidas bases institucionales comunes. Así, para coordinar la distribución de la ayuda norteamericana se fundó la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE) y, para acabar con las restricciones y liberalizar los intercambios y los pagos intraeuropeos, se organizó la Unión Europea de Pagos (UEP). Uno de los pro-

CUADRO 8.14. STOCK BRUTO DE MAQUINARIA Y EQUIPO POR PERSONA EMPLEADA (valores constantes: dólares Geary Khamis de 1990)

	1950	1973	Tasa de crecimiento
Media europea	3.731	17.149	6,86
EE. UU.	15.091	26.093	2,41
Japón	3.234	13.287	6,34

Fuente: Maddison (1996).

blemas más delicados de la economía europea de la posguerra, por sus connotaciones militares y estratégicas, el de la reconstrucción de la industria siderúrgica, se resolvió de forma inteligente, propiciando la cooperación entre Francia y Alemania con la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Finalmente, el reto de impulsar el desarrollo de una industria nuclear se institucionalizó, paralelamente a la firma del Tratado de Roma con la creación de la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). En el interior de los países triunfaron nuevas orientaciones en el ámbito laboral y sindical, que primaban los planteamientos económicos sobre los ideológicos. El pacto social, el acuerdo entre obreros y empresarios sobre la distribución de la renta, se convirtió en el eje central del sistema, con el Estado como árbitro y garante. Éste también participó de la primacía de lo económico: el desarrollo económico se convirtió en una prioridad política de primer orden y la difusión del pensamiento keynesiano avaló un amplísimo abanico de políticas económicas que permitieron a los gobiernos intervenir en todos los ámbitos de la economía, con mayor o menor intensidad y acierto. El signo más visible de este nuevo papel del Estado fue el incremento espectacular del gasto público que pasó a situarse en torno al 40 por 100 del PIB (véase el cuadro 8.15). Ello exigió reformas fiscales que implicaron aumentos de la presión fiscal (véase el cuadro 8.16), basadas en impuestos progresivos, especialmente sobre la renta (véase el cuadro 8.17), que tuvieron un efecto redistributivo positivo y que mitigaron las oscilaciones del ciclo económico, pues el impuesto sobre la renta, como el seguro de desempleo, eran los dos principales estabilizadores automáticos; en el sentido de que amortiguaban los incrementos o descensos de la renta disponible (después de impuestos netos) de los consumidores, que es la que determina la demanda de consumo.

La modernización de los sistemas productivos y la americanización de Europa

El segundo elemento importante fue la modernización del sistema productivo europeo, incluyendo: a) cambios en la organización productiva, con la introduc-

CUADRO 8.15. GASTO PÚBLICO COMO PORCENTAJE DEL PIB

	1950	1960	1973
Francia	27,6	34,6	38,8
Alemania	30,4	32,5	42,0
Holanda	26,8	33,7	45,5
Reino Unido	34,2	32,6	41,5
Estados Unidos	21,4	27,8	31,1
Japón	19,8	20,7	22,9

FUENTE: Maddison (2002, 135) y Morewood (1999, 235).

CUADRO 8.16. RECAUDACIÓN TRIBUTARIA DE LAS ADMINISTRACIONES PÚBLICAS (porcentaje del PIB)

	1950	1970 ^a
Alemania	29,3	37,5
España	7,8 ^b	20,4
Francia	26,7	37,2
Italia	20,9	28,4
Reino Unido	41,3	37,4

NOTAS: a) En 1970 se trata de los ingresos totales no financieros.

b) Sólo recaudación del Estado.

FUENTE: Comín (1996, 212).

CUADRO 8.17. IMPUESTO SOBRE LA RENTA (porcentaje en los ingresos impositivos del Estado)

	1950	1970
Alemania	22,5	36,9*
España	1,8	1,1
Francia	18,8	17,2
Italia	14,0	17,6
Reino Unido	39,1	37,8

* Impuestos sobre la renta y el patrimonio pagados por las familias.

FUENTE: Comín (1996, 214).

ción de procedimientos de producción en masa, (taylorismo y fordismo); b) el progreso tecnológico, en buena parte con innovaciones norteamericanas; y, c) la flexibilidad en la oferta de factores productivos. Los dos primeros elementos implicaron una «americanización» de la economía europea, que permitió grandes ganancias de productividad.

El progreso tecnológico de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial fue verdaderamente espectacular. La combinación de abundante financiación estatal, laboratorios especializados (con la participación de las universidades) y las grandes empresas dio frutos revolucionarios en el campo nuclear y en el de los nuevos materiales, en una guerra que fue esencialmente tecnológica. No en vano, el conflicto acabó con la explosión de dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, para cuyo desarrollo el Proyecto Manhattan movilizó, desde 1942, a más de 40.000 empleados, entre ellos centenares de científicos y técnicos de primera línea, dotaciones económicas multimillonarias y la participación de grandes empresas industriales bajo mando militar y la dirección científica del genio

R. Oppenheimer. Pero el Manhattan fue sólo el más notable de una multitud de esfuerzos semejantes, en los que centros específicos de investigación, universidades y empresas (General Electric, IBM) obtuvieron avances notabilísimos en otros campos (electrónica, cohetes, computación, nuevos materiales, etc.). Auténticamente cruciales fueron las superaleaciones, que ofrecieron materiales básicos para todas las industrias, particularmente para la aeronáutica, la energética y las turbinas y motores, por su capacidad para trabajar a altísimas temperaturas, con un severo estrés mecánico y con alta resistencia a la deformación. Toda esta tecnología encontró aplicación en multitud de industrias en los tiempos de paz y se difundió por los países aliados (véase la figura 8.1). El entramado político, militar, investigador y empresarial que se tejó durante la guerra, al que suele denominarse complejo militar-industrial, siguió fortaleciéndose como consecuencia del papel de Estados Unidos como primera potencia mundial. La carrera armamentista con la URSS y la carrera espacial absorbieron ingentes recursos. Tan sólo en el viaje a la Luna, Estados Unidos empleó, entre 1961 y 1969, a más de 30.000 técnicos y se gastaron 24.000 millones de dólares. Es imposible conocer con exactitud, ni siquiera con una razonable aproximación, el volumen de recursos que el mundo, en particular las grandes potencias, destinó en estos años a gastos en armamentos.

El progreso tecnológico fue notable también en la agricultura, que experimentó un conjunto de cambios de tal magnitud que han sido calificados como la revolución verde. Puede decirse que en este período se produjo «la industrialización» de la agricultura, a través de la transformación tecnológica de los *inputs*: nuevas variedades de especies, semillas mejoradas, maquinaria y una amplia gama de productos químicos desde abonos hasta productos fitosanitarios. La agricultura dejó de ser, definitivamente, un sector que se autoabastecía en gran medida de *inputs* (selección local de especies, abonos orgánicos, trabajo animal, aperos artesanales) para convertirse en un sector productivo más de la economía. La consecuencia fue que los rendimientos de los diversos cultivos aumentaron de forma muy notable, igual que lo hizo el consumo energético y la contaminación de origen agrario.

Finalmente, el tercer elemento que facilitó el desarrollo fue la flexibilidad de la oferta de factores de producción. Los cambios estructurales en la economía, y en concreto el declive del sector agrario, liberaron mano de obra, que a partir de 1950 se incorporó al sector industrial. Y no sólo en el interior de cada país: el cuadro 8.18 muestra los movimientos migratorios en los principales países industrializados. Europa occidental recibió casi 10 millones de inmigrantes (7 de ellos en Alemania), y los cuatro grandes países de inmigración europea más de 12 millones. En 1973, los extranjeros suponían un 10,9 por 100 de la población activa en Alemania, un 10,7 en Francia y un 7,2 en Gran Bretaña. Para los países menos desarrollados de Europa (Grecia, España, Portugal e Irlanda y también para la muy poblada Italia), la emigración fue una válvula de escape y una fuente de divisas. Por lo demás, estos grupos de trabajadores procedían de zonas particularmente atrasadas con un bajo nivel de vida, y tenían una voluntad firme de prosperar y una enorme capacidad de sacrificio. La otra fuente importante de mano de

FIGURA 8.1. ANUNCIO WESTINGHOUSE



FUENTE: Colección de Carlos Barciela.

obra fue la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, un proceso especialmente importante en Canadá y en Estados Unidos, y algo menos en los países europeos más desarrollados, que lo habían iniciado antes.

Además, se produjo en los países desarrollados un gran esfuerzo para elevar el nivel educativo de la población, particularmente en lo que se refiere a la capacitación profesional, medida por los años de educación de la población (véase el cuadro 8.19). Estados Unidos ocupaba la primera posición en 1950, seguía ocupando el mismo lugar en 1973, y su ritmo de crecimiento, un 1,13 por 100 anual,

superó ampliamente el de todos los países desarrollados excepto Japón. En Estados Unidos el número de estudiantes universitarios pasó en dichas fechas de 1,2 a 7 millones. Italia y Portugal tuvieron tasas muy elevadas de mejora, pero como partían de muy bajos niveles educativos, su posición en 1973 era todavía relativamente atrasada. Por último, no deberíamos olvidar que, además del aspecto

CUADRO 8.18. MIGRACIÓN NETA: EUROPA OCCIDENTAL, JAPÓN Y PAÍSES DE INMIGRACIÓN EUROPEA
(millares, un signo negativo significa salida)

	1950-1973
Francia	3.630
Alemania	7.070
Italia	-2.139
Reino Unido	-605
Total Europa occidental	9.381
Japón	-72
Australia	2.033
Nueva Zelanda	247
Canadá	2.126
Estados Unidos	8.257
Total países de inmigración europea	12.663

FUENTE: Maddison (2002, 128).

CUADRO 8.19. AÑOS DE EDUCACIÓN DE LA POBLACIÓN DE 15 A 64 AÑOS.

	1950	1973	Tasa de crecimiento (1950-1973)
Bélgica	9,83	11,99	0,87
Francia	9,58	11,69	0,87
Alemania	10,40	11,55	0,46
Irlanda	10,44	11,55	0,44
Italia	5,49	7,62	1,44
Holanda	8,12	10,27	1,03
Portugal	2,53	4,62	2,65
España	5,13	6,29	0,89
Suecia	9,50	10,44	0,41
Reino Unido	10,84	11,66	0,32
Japón	9,11	12,09	1,24
Estados Unidos	11,27	14,58	1,13

NOTA: La cifra de años de educación es el resultado de ponderar la educación primaria con un valor 1, la secundaria 1,4 y la superior 2.

FUENTE: Maddison (1996, 50).

profesional, el aumento del nivel educativo y su difusión fueron importantes elementos para la democratización de las sociedades occidentales.

La universidad dejó de ser una institución elitista y su apertura facilitó la difusión de planteamientos críticos, convirtiéndose en foco de protestas estudiantiles, incluso en regímenes dictatoriales como España. En cuanto a los efectos de la mejora educativa en el sistema productivo reviste especial importancia el porcentaje de investigadores sobre el total de empleados. Estados Unidos, con un nivel muy destacado ya antes de la segunda guerra mundial, amplió posteriormente su ventaja. En 1946 la ratio investigadores/empleados era en Estados Unidos del 0,32 por 100 y en Gran Bretaña del 0,07. Las diferencias se acortaron algo en los años de la recuperación, pero siguieron siendo sustanciales. Las mejoras en el empleo de científicos que se produjeron en Gran Bretaña y Alemania durante la década de 1960 sólo permitieron mantener las diferencias. En conclusión, la Europa de los años dorados se encontró con una oferta flexible de mano de obra dotada de un creciente nivel de instrucción, que posibilitó la estabilidad salarial en la industria dentro de una suave pero constante línea de crecimiento de los salarios reales, en el marco del pacto social.

Las grandes empresas y el consumo energético

Los cambios en el sistema productivo europeo provocaron, a su vez, nuevas transformaciones. La producción en masa obtenía mejores resultados si se aprovechaban las economías de escala y eso se conseguía aumentando el tamaño de las plantas y de las empresas. En realidad, la aparición de las grandes empresas, y de las multinacionales, era anterior a la guerra mundial y en Estados Unidos se habían desarrollado ampliamente, aunque en Europa se produjo sobre todo después de la guerra. En 1973 había en el mundo cerca de diez mil multinacionales, la mayoría (2.567) eran estadounidenses, aunque su número había aumentado espectacularmente en el Reino Unido (1.588) y en la República Federal Alemana (1.222). El creciente peso económico, tecnológico y político de estas grandes empresas, por encima de las fronteras nacionales, supuso un cambio sustancial en el funcionamiento del sistema económico capitalista, que se alejó, cada vez más, del ideal competitivo.

Otra faceta del sistema productivo europeo, que revelará toda su importancia a partir de la crisis de 1973, fue el alto nivel de consumo energético. Las economías desarrolladas se comportaron como si la oferta de energía fuera ilimitada. A finales de la década de 1950, el promedio mundial de consumo de energía por habitante se aproximaba a una tonelada equivalente de petróleo, pero en los países desarrollados superaba las dos toneladas y media. Esta brecha se fue ampliando en la década de 1960 de manera que, en vísperas de la crisis de 1973, los niveles eran de 1,25 frente a casi 4,5. La expansión del consumo energético llevó aparejados cambios sustanciales en la composición de las fuentes primarias de energía en los países desarrollados. Fue el final de la era del carbón, que pasó del 75 al 23 por 100 del consumo total, y el pleno desarrollo de la del petróleo (del 22 al 60 por 100). Pero el cambio más significativo fue el origen geográfico de las materias primas. Mientras

que en 1955 Europa se autoabastecía de energía en un 78 por 100, este nivel descendió a sólo el 35 por 100 en 1972. Esta dependencia energética exterior no constituía, en principio, ningún problema especial, aunque sí lo era la estructura oligopolista de la producción y las fuertes afinidades políticas del núcleo fundamental de los exportadores, los países árabes. La producción de petróleo de este grupo pasó de 85,9 millones de toneladas en 1950 a 1.054 en 1973, conformando el grueso del comercio de exportación. El fortalecimiento a finales de la década de 1960 de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) como cártel de productores, y el agravamiento del enfrentamiento entre Israel y los países árabes prepararon el terreno a la crisis de 1973.

La combinación de los factores institucionales favorables al desarrollo, tanto internacionales como nacionales, el papel destacado del Estado y los cambios en el sistema productivo condujeron a la formación de lo que se han denominado círculos virtuosos del crecimiento. Esta idea fundamental alude a la existencia de equilibrios, muy delicados, de un conjunto variado de elementos que hicieron posible el desarrollo. Igualmente explica algunas paradojas aparentes. Por ejemplo, que la abundancia del factor trabajo favorece el crecimiento si, como en Europa, va acompañada del progreso equilibrado de otros factores de producción y de una adecuada organización empresarial y social, mientras que, por el contrario, en los países atrasados la explosión demográfica resultó un grave problema.

El milagro japonés

Japón proporciona un ejemplo peculiar de este proceso de crecimiento. Pasó de ser un país derrotado y humillado por la ocupación de Estados Unidos, a ser su principal rival comercial y económico. Su situación, en 1945, era desastrosa: 2 millones de muertos, 6,2 millones de repatriados como consecuencia de la pérdida de las colonias, grandes destrucciones materiales en edificios y comunicaciones a causa de los bombardeos y una crisis formidable de la producción agraria (una disminución del 40 por 100 del nivel prebélico) e industrial (con una caída del 60 por 100). Partiendo de ahí, Japón consiguió, primero, una recuperación muy rápida y una expansión espectacular, después. En ambos procesos desempeñó un papel determinante la actitud constructiva e inteligente de Estados Unidos, que llevó a cabo unas profundas reformas para democratizar la sociedad japonesa: reforma agraria, disolución de los *zaibatsu* y reformas laborales, introduciendo derechos sindicales y regulando las condiciones de trabajo. Como resultado, la sociedad japonesa se acercó rápidamente al modelo occidental. A partir de las reformas institucionales, la generosa ayuda económica norteamericana, reforzada con el comienzo de la guerra fría y, más aún, con la guerra de Corea, hizo el resto. En el período 1955-1961 Japón experimentó una expansión económica extraordinaria fundamentada en un altísimo crecimiento de las inversiones, superior al 700 por 100. La desmilitarización de la sociedad, una de las condiciones de la capitulación de 1945, fue un factor adicional del crecimiento, al reducir prácticamente a cero los presupuestos militares.

Es difícil exagerar el papel de Estados Unidos en el crecimiento japonés. A la creación de las nuevas instituciones, a las ayudas y a las inversiones de capital hay que añadir la transferencia de tecnologías modernas, la exportación de una amplia gama de productos básicos y, finalmente, la apertura del enorme mercado norteamericano a los productos industriales de Japón. A finales de la década de 1960, Japón era la tercera economía mundial y su espectacular irrupción en la esfera internacional generó desajustes y tensiones importantes, particularmente con el país que más había hecho por su desarrollo, Estados Unidos. Bajo la presión norteamericana, Japón tuvo que proceder a liberalizar sus importaciones, después tuvo que aceptar la limitación voluntaria de sus exportaciones y, finalmente, los acuerdos de Washington le impusieron dos revaluaciones del yen, en 1971 y 1973. Sin embargo, todas estas medidas, no frenaron el potencial exportador de Japón, que sí sufrió de forma extraordinariamente dura la crisis del petróleo, dado que su consumo energético dependía en un 80 por 100 del petróleo importado.

Los círculos virtuosos del crecimiento

Los países occidentales se beneficiaron de la acción de dos círculos virtuosos del crecimiento, uno interno y otro internacional. El interno se manifestó como la expansión equilibrada del consumo, un consumo de masas que absorbía la producción cada vez mayor de un sistema productivo permanentemente renovado y con productividades en aumento, como resultado de unos beneficios empresariales crecientes y estables. El conjunto del sistema producción-consumo se benefició, a su vez, de la expansión y especialización del sistema crediticio, que lubricaba los procesos de inversión y compra a crédito de bienes de consumo duradero. El consumo privado, en definitiva, mostró un potencial de crecimiento extraordinario, derivado del aumento de la población, del crecimiento de las retribuciones y de un crédito ampliamente generalizado.

Otro círculo virtuoso afectó al comercio exterior. La demanda externa de productos impulsó la aceleración de los planes de inversión de las empresas, contribuyendo a las ganancias de productividad derivadas de las economías de escala, que acrecentaban su competitividad. Como puede comprobarse (véase el cuadro 8.20), el comercio mundial, medido por las exportaciones, gozó de una gran prosperidad, mucho mayor que en la denominada era del librecambio en 1870-1913 (un 3,40 por 100) y, por supuesto, que en el período del nacionalismo rampante de entreguerras (1913-1950) en el que sólo alcanzó un 0,9 por 100. Por regiones, destaca el crecimiento de Asia (incluida Japón), los países socialistas y Europa occidental. En el lado negativo, aparecen América Latina y África. En 1973, las exportaciones constituían una parte fundamental de la producción de los países europeos. El caso más llamativo era el de Holanda (un 40,7 por 100 de su PIB) pero también Alemania (23,8 por 100) y Francia (15,2 por 100). El relativo mal comportamiento de los países de inmigración europea, incluido Estados Unidos, cuyas exportaciones eran una parte mínima de su gigantesco PIB, no debe llevarnos a engaño, ya que se trata de países de grandes dimensiones con enormes mer-

CUADRO 8.20. VALOR DE LAS EXPORTACIONES MUNDIALES POR REGIONES
A PRECIOS CONSTANTES (millones de dólares 1990)

	1950	1973	1950	Porcentajes 1973
Europa occidental	121.535	773.726	41,1	45,8
Países de inmigración europea	62.892	254.128	21,3	15,0
Europa del Este y URSS	14.780	127.285	5,0	7,5
América Latina	25.235	66.155	8,5	3,9
Asia	41.800	372.170	14,1	22,0
África	29.379	97.184	10,0	5,8
Mundo	295.621	1.690.648	100,0	100,0

FUENTE: Maddison (2002, 360).

cados interiores. En conclusión, el mercado exterior constituyó un elemento fundamental del desarrollo en la época dorada.

Finalmente, hay que hacer referencia, aunque sea brevemente, al buen ambiente político internacional que favoreció de manera muy importante la actividad económica. La muerte de Stalin provocó cambios políticos en la URSS y también en las relaciones internacionales. Con el final de la guerra fría se entró en una etapa de distensión y de coexistencia pacífica entre los bloques, aunque persistió la amenaza de la guerra nuclear. El mundo, económica y políticamente, siguió dividido.

8.5. LAS ECONOMÍAS SOCIALISTAS PLANIFICADAS

Tras la segunda guerra mundial y como consecuencia del avance del ejército soviético, en los países de la Europa del Este se impuso un sistema económico socialista, radicalmente distinto de las economías capitalistas occidentales. Posteriormente en China (1949) y en algunas antiguas colonias en Asia o África, hasta la década de 1970, además de Cuba, se instauraron regímenes comunistas, que compartían los principios básicos del sistema soviético: la abolición más o menos completa de la propiedad privada, sustituida por formas de propiedad estatal o comunal, la implantación de sistemas de planificación centralizada que pretendían reemplazar al mercado en la asignación de bienes y factores, y programas de industrialización acelerada de inspiración más o menos autárquica. Todo ello acompañado de regímenes políticos dictatoriales, de partido único y con un fuerte control policial e ideológico.

Significación e importancia del bloque comunista

Estos rasgos comenzaron a esbozarse en la Unión Soviética ya bajo la dirección de V. I. Lenin, pero se consolidaron con el ascenso al poder de J. Stalin (1922-1953). Se traducían en un control completo de la sociedad —de ahí la denominación de totalitarismo— por parte del Partido Comunista, y desde 1928 en la organización de la economía mediante el organismo de planificación centralizada (Gosplan) cuyos planes quinquenales asignaban recursos, fijaban precios a todos los bienes y servicios y unos objetivos de producción exigidos posteriormente, si era preciso, por la policía política (KGB). Con estos planteamientos, los bolcheviques creían que se garantizaría el bienestar generalizado, el progreso científico y cultural, la ausencia de despilfarro y el fin de los ciclos económicos.

Desde aquel momento, la historia de Europa, y en cierto modo del mundo, se escinde en dos campos opuestos, para los que no sirve siquiera una misma cronología: la edad de oro del capitalismo, que se cierra con la crisis de 1973, apenas coincide con el ciclo vital del bloque socialista, cuya evolución concluye con la caída del muro del Berlín en 1989 y con el colapso de la URSS en 1991. Tampoco pueden compararse los indicadores macroeconómicos, pues las cifras del PIB son, aparte de más fiables, conceptualmente distintas a las de su equivalente soviético, el Producto Social Global (PSG). Este indicador no sólo excluye las actividades consideradas no productivas (o sea, la mayoría de las que no generan bienes materiales), sino que se basa en precios fijados arbitrariamente por el Estado. Si a ello añadimos la mala calidad de las estadísticas soviéticas se puede comprender esta llamada a la cautela a la hora de realizar comparaciones internacionales.

En líneas generales, puede decirse que desde el final de la guerra hasta los últimos años de la década de 1960, las economías socialistas conocieron una etapa de expansión, en la que lograron incrementar la producción de la industria pesada —aunque fuera descuidando los costes y las necesidades de consumo de la población— y éxitos en algunos campos tecnológicos tan llamativos como el militar o la carrera espacial. La propaganda soviética aprovechó estos éxitos para mejorar su imagen internacional. En esta tarea contó con la colaboración de partidos y sindicatos comunistas, muy fuertes en algunos países, y la de intelectuales de prestigio que, a menudo, cerraron los ojos a la realidad del sistema socialista o aceptaron que era el coste inevitable para alumbrar la nueva sociedad. A partir de la década de 1970, no obstante, comenzaron a aparecer claros signos de agotamiento del modelo soviético que culminarán en su colapso definitivo a fines de la década de 1980.

La mera existencia de la URSS condicionó el comportamiento internacional y las mismas relaciones sociales en el seno de los países capitalistas. Paradójicamente, se podría sostener que los principales beneficiarios del comunismo no fueron los trabajadores soviéticos sino los de los países capitalistas. La fuerza y el prestigio de la URSS fortalecieron, a su vez, a los sindicatos y partidos de izquierda en todo el mundo e hicieron que los empresarios y los gobiernos atendie-

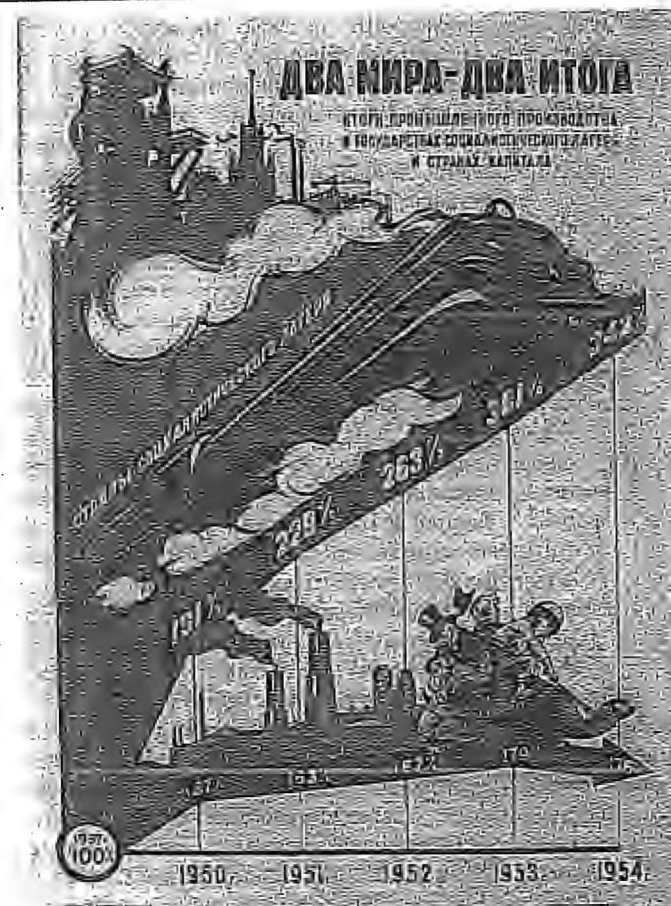
ran con más cuidado los problemas y las reivindicaciones obreras. En suma, los años dorados del capitalismo coincidieron, en cierto modo, con los mejores años del socialismo, aunque la competencia entre los bloques terminó con el inesperado y brutal colapso de un sistema que se había autoproclamado como el futuro de la humanidad.

Guerra y reconstrucción en la URSS

La segunda guerra mundial fue enormemente destructiva y la URSS fué la nación que padeció las peores consecuencias. La imprevisión de Stalin y las purgas políticas, que eliminaron o encarcelaron a muchos mandos militares competentes, facilitaron el inicial avance alemán, aunque finalmente, a costa de graves pérdidas y un esfuerzo productivo ingente, la URSS logró vencer a los poderosos ejércitos nazis. Los costes de la guerra fueron enormes: cerca de 30 millones de muertos (si hacemos caso de las cifras oficiales) entre víctimas directas e indirectas, a los que hay que sumar millones de heridos, mutilados y huérfanos. Entre los materiales se podrían destacar: 31.850 instalaciones industriales total o parcialmente destruidas; más de 65.000 km de vías férreas y 4.100 estaciones fuera de servicio y enormes destrucciones en el sector agrario (granjas, cosechas, maquinaria, animales de labor y ganado). Los costes directos de la guerra se estimaron en 128.000 millones de dólares y los costes totales del conflicto en 357.000 millones, siempre según datos soviéticos. La victoria aliada en la guerra produjo también algunos beneficios. La URSS se anexionó una superficie territorial de unos 670.000 km², con 24 millones de habitantes. Confiscó cuantiosos bienes e impuso reparaciones de guerra a Alemania y sus antiguos aliados, además de obligarles a costear el mantenimiento de las tropas soviéticas en la Europa del Este. En lo político, la victoria contra los nazis alimentó un intenso patriotismo que reforzó al régimen soviético y al propio Stalin.

La calidad de los datos hace difícil saber cómo se recuperó la economía soviética. El IV Plan Quinquenal (1946-1950) daba absoluta prioridad al restablecimiento de la base energética, las empresas metalúrgicas, los ferrocarriles y las carreteras, volviendo a las prácticas centralizadoras y autoritarias de la planificación. Según fuentes soviéticas la industria había superado ya en 1948 la producción de preguerra, y parece cierto que en esos años se crearon miles de empresas industriales y que más de tres millones de trabajadores engrosaron la fuerza laboral. Se renovó el aparato industrial, se industrializaron regiones no rusas, se ampliaron las zonas productoras de petróleo, se construyeron centrales hidroeléctricas, canales y gasoductos, y se completó la colectivización de la agricultura. Al margen del debate sobre la velocidad en la recuperación de la economía, todos los autores coinciden en su altísimo coste social, en términos de bienestar de la inmensa mayoría de la población. Los soviéticos trabajaron muy duramente para la recuperación industrial, y además debieron soportar el peso del enorme gasto militar. El Ejército Rojo mantuvo en la posguerra entre cuatro y cinco millones de efectivos con el objetivo de equilibrar la superioridad estraté-

FIGURA 8.2. CARTEL DE PROPAGANDA SOVIÉTICO (1955). DOS MUNDOS-DOS RESULTADOS: LA PRODUCCIÓN EN LOS ESTADOS DEL BLOQUE SOCIALISTA Y EN LOS PAÍSES DEL CAPITAL



FUENTE: J. Bernstein y P. Milza, dirs. (1995), *Histoire Terminale*, París, Hatier.

gica de Estados Unidos, combatir, hasta 1950, a los nacionalistas bálticos, ucranianos y moldavos, y controlar a los países ocupados. Pero no sólo era cuestión de números. El ejército se había convertido en un importante grupo de presión y el prestigio por su victoria contra el nazismo militarizó la sociedad y la cultura. En este ambiente, los soviéticos construyeron en 1946 el primer reactor atómico, en 1949 la bomba atómica y en 1953 la bomba de hidrógeno. Comenzaba la era de la amenaza nuclear.

El crecimiento desequilibrado de las economías del bloque socialista

En los países ocupados por su ejército, los soviéticos impusieron tras diversos avatares (elecciones amañadas, golpes de estado, imposición militar) regímenes de corte comunista, basados en los principios del socialismo soviético. Por razones ideológicas y para intentar alcanzar lo antes posible a los países occidentales, en todo el bloque del Este se primó la industria pesada, la fabricación de maquinaria, la química básica y la electrónica, en detrimento de la agricultura y la industria de bienes de consumo. Se optó, como en la URSS, por un modelo que imponía altos niveles de privación a la mayor parte de la población, en aras de un bienestar que disfrutarían, presumiblemente, futuras generaciones. Por su parte, el proceso de nacionalización económica, de abolición de la propiedad privada, se había completado en torno a 1950 en la industria y los servicios. En la agricultura hubo más problemas: las reformas agrarias iniciales distribuyeron la propiedad entre los campesinos, por lo que los posteriores impulsos colectivistas toparon con la oposición de aquéllos a perder su propiedad. En consecuencia, surgieron diferencias importantes entre una mayoría de los países donde la colectivización se realizó plenamente y otros donde fracasó, como Yugoslavia y Polonia. En cuanto a la planificación central de la economía, aunque también con diferencias nacionales, se crearon instituciones que decidían los niveles de consumo, ahorro e inversión y la producción de bienes de consumo y de capital. En el otro extremo del continente euroasiático, a partir de 1949, con el triunfo de los comunistas dirigidos por Mao Zedong, se instauró también en China un régimen socialista de tipo soviético, aunque con rasgos propios. La reconstrucción económica, tras un largo período de guerra, fue muy rápida y, entre 1953 y 1965, China conoció un importante auge económico, acompañado de un proceso de colectivización de la propiedad, muy similar al de la URSS en sus logros y fracasos. Entre los primeros, la industria pesada, las obras públicas, los ferrocarriles y la expansión urbana. El mayor fracaso lo registró, igualmente, la agricultura.

Resulta sumamente difícil valorar la magnitud del crecimiento en estas economías con los datos disponibles. Aunque en los últimos años los expertos se han esforzado en proporcionar series estadísticas corregidas, aún dejan bastante que desear. Con la información más actualizada (véase el cuadro 8.21) se podría afirmar, como hace D. Aldcroft, que los países socialistas europeos alcanzaron «unos resultados económicos aún mejores que la Europa occidental en las décadas de 1950 y 1960». El crecimiento, aunque con diferencias, fue generalizado en todos los países, marcado por el predominio de la producción industrial básica y los malos resultados de la agricultura. Sin embargo, la imagen resultante de estos datos concuerda mal con la variada información disponible sobre el bajo nivel de vida de los ciudadanos de la Europa del Este y con las repetidas crisis alimenticias, huelgas y protestas que tuvieron lugar, a pesar de la falta de libertad y de la brutal represión. Abundan los testimonios sobre la escasa calidad y variedad de los bienes de consumo, y sobre las penalidades (racionamiento y colas) para conseguirlos. En contrapartida, los ciudadanos del Este tenían garantizado un em-

CUADRO 8.21. PIB POR HABITANTE
(dólares internacionales de 1990)

	1950	1973	Tasa de crecimiento medio anual
Albania	1.001	2.252	6,49
Bulgaria	1.651	5.284	5,98
Checoslovaquia	3.501	7.041	3,81
Hungría	2.480	5.596	4,10
Polonia	2.447	5.340	4,78
Rumania	1.182	3.477	5,92
Yugoslavia	1.585	4.350	5,62
Total Europa del Este	2.120	4.985	4,86
URSS	2.834	6.058	4,84

FUENTE: Maddison (2002, 185).

pleo, por malo e improductivo que fuera, y una serie de servicios básicos en salud y educación gratuitos o casi gratuitos. Si a los aspectos materiales se une el carácter dictatorial de los regímenes políticos comunistas es casi un sarcasmo hablar de bienestar.

A diferencia de lo que ocurrió en occidente, el crecimiento en los países socialistas tuvo un carácter fundamentalmente extensivo. El mayor crecimiento de la población, la ausencia legal de paro, la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral y la larga duración de la jornada de trabajo, permitió una masiva aportación de este factor al sistema productivo. También experimentó un gran crecimiento el capital fijo en el sector industrial (probablemente con una tasa cercana al 10 por 100 anual) y la explotación de los riquísimos recursos naturales de la URSS. En definitiva, en los países socialistas se produjo un notable crecimiento, de carácter extensivo, centrado en las industrias pesadas y con escasos resultados desde el punto de vista de la mejora del nivel de vida de los ciudadanos.

A pesar de las teóricas ventajas del sistema, proclamadas oficialmente, lo cierto es que la economía soviética manifestó serios problemas ya en las décadas de 1950 y 1960. En primer lugar, por el fracaso de la planificación, pese a las correcciones introducidas sobre la marcha en los planes. En general, se alcanzaron (o se sobrepasaron, que es otra forma de desequilibrio) los objetivos en la industria básica y militar, mientras que fracasaron la agricultura y los sectores de equipamiento y consumo de las familias, y, sobre todo, el objetivo de la calidad de la producción y de la implicación de los trabajadores en la marcha de la economía. La productividad del trabajo, en consecuencia, apenas aumentó.

También fracasó palmariamente la cooperación económica entre los países socialistas. El principal motivo fue la vocación autárquica de estas economías, que aspiraban todas, hasta las más pequeñas, a una amplia industrialización que incluía todos los sectores básicos, sin atender a las ventajas de una posible espe-

cialización internacional. En segundo lugar, el bloque socialista no se basó en la cooperación entre iguales, sino que se configuró al servicio de la URSS. A finales de la década de 1950, el ensanchamiento de la brecha tecnológica respecto a occidente y la creación del Mercado Común Europeo llevaron a los soviéticos a reactivar el COMECON (Comisión de Ayuda Económica Mutua, de la URSS y países de la órbita soviética), el equivalente al Mercado Común del bloque socialista, sobre la base de los principios de cooperación y especialización. Aunque el comercio exterior mejoró, pudo ser debido más al propio crecimiento económico, que al éxito de la coordinación internacional de la planificación, en la que todo apunta que no se avanzó mucho.

Los objetivos de bienestar, por último, fueron el más estrepitoso de los fracasos. Pese a las grandilocuentes declaraciones de los planes —vacaciones y apartamentos para todos, y la URSS primera potencia industrial para 1970— en esta fecha, incluso según datos soviéticos, la producción industrial era el 75 por 100 de la de Estados Unidos y la renta nacional el 65 por 100. Las evidencias sobre el nivel alimenticio y sobre la difusión de algunos bienes de consumo nos permiten afirmar que las diferencias, en términos de bienestar, entre soviéticos y occidentales eran abismales. La reiteración de los intentos de reforma del sistema es otro claro indicador de que los resultados no eran los que proclamaba la propaganda (véase la figura 8.2). También en China, que inauguró en 1966 una etapa de fuertes convulsiones con la llamada «revolución cultural», aparecieron graves problemas económicos. Como en la URSS, tampoco la planificación china funcionó y se repitieron los mismos errores, imprevisiones y constantes replanteamientos. En ambos casos, la agricultura sufrió el mayor fracaso.

En el otoño de 1953, un informe oficial constataba el estancamiento de la agricultura en la URSS en contraste con los aparentes éxitos industriales. Al margen de las destrucciones bélicas, las autoridades reconocían (algo totalmente novedoso) algunos errores, como la inadecuación de la política de precios, la escasez de inversiones, la baja retribución real de los koljosiianos (agricultores de las granjas colectivizadas, *koljoses*), las carencias y antigüedad de la maquinaria, las deficiencias administrativas y los errores de cálculo en los planes. La política agraria de N. Krushev, tras la muerte de Stalin, se propuso resolver estos problemas. Para ello se amplió el tamaño de los *koljoses*, se elevaron los precios y las inversiones (incluida la dotación de maquinaria), se redujeron los impuestos y se reformaron los planes agrarios. Sin embargo, la situación no mejoró.

Un problema esencial, nunca resuelto por los planificadores, fue el de la retribución de los trabajadores. Como se reconocía oficialmente, los *koljoses* habían «recorrido un largo camino de búsquedas de formas racionales de remuneración del trabajo, comenzando por la redistribución igualitaria según el número de miembros de la familia, hasta llegar a las formas actuales de pago en metálico regular y garantizado... y conforme a la cantidad y calidad del trabajo» (Avsénev *et al.*, 246). Un largo camino que conducía, inevitablemente, al reconocimiento de la necesidad de retribuir el trabajo individualmente y en función de la productividad, resultado que no era políticamente admisible para el Partido Comunista.

La crisis agrícola fue endémica en la URSS y, además de los problemas para los agricultores y los ciudadanos, tuvo otros efectos muy perniciosos para la economía soviética, como la caída de las rentas estatales y, especialmente, la crisis comercial exterior. A partir de 1965, la URSS se vio obligada a importar alimentos básicos, lo que exigía fuertes desembolsos en oro. Todo ello en vísperas de una crisis de materias primas que condujo a una delicadísima situación de los abastecimientos de la URSS en la década de 1970. Paradójicamente, los graneros del enemigo norteamericano salvaron a los soviéticos del hambre. El problema económico afectó a todos los sectores. Los mismos datos oficiales recogen tasas de crecimiento del PSG cada vez menores. En estas circunstancias, se atendieron las exigencias militares y se pospuso, sistemáticamente, la elevación del nivel de vida de los ciudadanos. ¿Cuáles fueron las razones de este declive?

Las causas del fracaso del modelo comunista

Las causas son múltiples y difíciles de desentrañar, pues se entrelazan factores económicos, políticos, sociales e incluso geográficos. Las más importantes fueron el peso del gasto militar y los despilfarros e ineficiencias provocados por unos sistemas arbitrarios de asignación de los recursos y de distribución de las rentas. Con carácter más general, el fracaso económico fue la consecuencia de la actitud negativa de los trabajadores frente a un sistema económico totalitario e injusto. No es menos cierto que millones de militantes comunistas, particularmente miembros de las juventudes del Komsomol, trabajaron con una entrega religiosa en la construcción del comunismo, convencidos de que lo hacían por el mejor futuro de la humanidad, como reflejó magistralmente M. Sholójov en *Tierras roturadas*. Sin embargo, el voluntarismo y el stajanovismo (método de estudio del trabajo para aumentar su productividad y movimiento propagandístico para conseguirlo) no podían pasar de ser soluciones temporales. Las promesas, siempre aplazadas, de alcanzar un nivel de bienestar material aceptable, provocaron una progresiva e irreversible pérdida de fe de los ciudadanos soviéticos en los ideales de la revolución de 1917.

La conversión de la URSS en potencia mundial la obligó no sólo a defender su gigantesco territorio, sino a controlar militarmente los países satélites y tratar de ampliar su influencia en el mundo. La guerra fría exigió un esfuerzo económico formidable, que pudo suponer en algún momento el 25 por 100 de la renta nacional. A la investigación militar se dedicaban cuantiosos recursos y los mejores trabajadores, ingenieros y directivos del país, repartidos en miles de instalaciones secretas.

Respecto a las ineficiencias, por poner un ejemplo llamativo, se ha estimado que la economía soviética consumía entre dos y tres veces más energía por unidad de producto que las de los países capitalistas avanzados. Los modelos extensivos —grandes obras hidráulicas, empleo masivo de mano de obra, destrucción de la naturaleza— no atendían ni a la racionalización de los costes ni a la obtención de beneficios, ya que unos y otros, como los precios, estaban fijados arbitra-

riamente por el plan. Los objetivos productivos se marcaban de forma caprichosa o intuitiva, ignorando la noción de coste de oportunidad.

Las mejoras en la productividad habrían exigido innovaciones y mejoras del capital humano incompatibles con el autoritarismo y el dogmatismo reinantes. No existían incentivos para la innovación y mantener una actitud sumisa resultaba lo más conveniente. Los burócratas del Gosplan asignaban rutinariamente los recursos a los sectores básicos tradicionales, mientras ignoraban las necesidades de las nuevas ramas de la economía como la cibernética, la genética o la propia ciencia económica. Incluso en sectores privilegiados, como el nuclear o la carrera espacial, el inicial esplendor manifestó pronto signos de un claro estancamiento.

Tampoco desde el punto de vista de la equidad los sistemas socialistas lograron los que eran, sobre el papel, sus objetivos supremos. Aunque se garantizaron una serie de servicios básicos como la educación, la sanidad o el empleo, la igualdad tendió a ser por abajo para la amplia mayoría de los trabajadores. Sobre ella, una minoría reducida, la *nomenklatura*, utilizaba su posición en el Partido Comunista, el Estado o el ejército para obtener privilegios políticos y ventajas materiales fuera del alcance del común de los ciudadanos. El diagnóstico de A. Gide, al afirmar que del glorioso pueblo soviético sólo habían quedado aprovechados, verdugos y víctimas, se mostraba trágicamente acertado.

Los problemas tenían muy difícil solución dentro del sistema soviético pues afectaban a su propia esencia. Resolverlos exigía reformas que implicaban privar de poder de decisión a la burocracia en favor de las empresas, e introducir categorías y relaciones (salarios, beneficios, autofinanciación) que eran considerados sospechosamente capitalistas. Lo mismo vale para los graves desajustes entre la oferta y la demanda, que se trataban de solucionar complicando la planificación, en vez de recurrir a la solución más racional y eficiente: restaurar los mercados de productos. Era necesario que todos los agentes económicos pudieran actuar con mayor libertad, autonomía y responsabilidad y el sistema soviético era, justamente, todo lo contrario. De hecho, fueron las tímidas medidas liberalizadoras de la *perestroika* de M. Gorbachov, a partir de 1987, las que sacaron a la luz estas contradicciones, que llevaron en pocos años al colapso de la URSS y de todo el bloque soviético. China, que seguía sus propios pasos desde hacía décadas, evolucionó hacia una peculiar combinación de capitalismo bajo control del Partido Comunista, y la Cuba de Fidel Castro permanece aún hoy, en medio de dificultades incontables, como un vestigio de tiempos pasados.

8.6. LOS OBSTÁCULOS AL DESARROLLO ECONÓMICO DEL TERCER MUNDO

En contraposición a los países desarrollados capitalistas, el primer mundo, y a los países socialistas, el segundo, el término «tercer mundo» se acuñó para referirse al resto de países del planeta, llamados también subdesarrollados, países pobres y atrasados e, incluso, más eufemísticamente, países del sur y en vías de desarrollo. Tales denominaciones engloban, en un cajón de sastre, a de-

cenas de naciones más pobres y atrasadas que las del primer mundo, pero enormemente diferentes entre sí en cuanto a riqueza, extensión, población, recursos naturales o situación en las grandes áreas económicas y comerciales del mundo, por no hablar de la heterogeneidad cultural y religiosa. Igualmente diversos son los regímenes políticos y los marcos institucionales, elementos decisivos para el desarrollo económico. Por otra parte, al hablar de tercer mundo, subrayamos, sobre todo, la comparación entre naciones, soslayando las situaciones internas que, en estos países, se caracterizan por diferencias escandalosas en la distribución de la renta y la riqueza, mayores aún que en el primer mundo. La visión de un tercer mundo virtuoso, por pobre, y un mundo desarrollado y rico y, por ello, necesariamente explotador, es una visión deformada aunque difícil de desarraigar.

¿Cómo evolucionó la economía de estos países entre 1950 y 1973? La información estadística indica que el mundo entero participó, aunque en muy diverso grado, en la prosperidad de la edad de oro (véanse los cuadros 8.22, 8.23 y 8.24). Por grandes regiones, el crecimiento del PIB por empleado fue mayor en Asia (2,9 por 100 anual) que en América Latina (2,5 por 100 anual), con África en última posición. Por países, a muy grandes rasgos, aparecen algunas tendencias muy significativas. En América Latina, se puede hablar de una fase favorable, aunque irregular. Lo más llamativo fue el declive de la América blanca y templada en relación al dinamismo de la América mestiza y tropical y de algunos países caribeños; destaca el lento crecimiento del cono sur (Argentina, Chile y Uruguay, países con una trayectoria previa destacable) frente al dinamismo mostrado por Brasil, México y algunos países caribeños como Jamaica y Puerto Rico. En niveles intermedios se situaban Panamá y Costa Rica y, más rezagados, el resto de los países centroamericanos y los andinos, para terminar con Haití y Cuba. Con todo, la situación general distaba mucho de ser satisfactoria; en 1970 el valor

CUADRO 8.22. PIB POR PERSONA EMPLEADA EN AMÉRICA LATINA Y EN ASIA
(dólares internacionales de 1990)

	1950	1973
Argentina	12.538	21.349
Brasil	5.060	12.111
Chile	10.316	17.416
México	7.685	18.399
China	1.297	2.041
India	1.377	2.065
Filipinas	2.653	5.809
Corea del Sur	2.516	8.689
Taiwan	2.569	11.924
Tailandia	1.618	4.065

FUENTE: Maddison (1996, 348).

CUADRO 8.23. RESULTADOS ECONÓMICOS (1950-1973)
(crecimiento anual medio compuesto)

	PIB por habitante	Inflación	Exportaciones	PIB
Argentina	2,06	26,8	3,1	3,78
Brasil	3,73	28,4	4,7	6,75
Chile	1,26	48,1	2,4	3,42
México	3,17	5,6	4,3	6,38

FUENTE: Maddison (2002, 153 y 197).

CUADRO 8.24. VARIACIÓN DEL PIB POR HABITANTE
(tasa de crecimiento anual medio compuesto)

	1950-1973
Japón	8,1
China	2,9
Hong Kong	5,2
Malasia	2,2
Singapur	4,4
Corea del Sur	5,8
Taiwan	6,7
Tailandia	3,7
Media 7 países	3,4
Bangladesh	-0,4
Birmania	2,0
India	1,4
Indonesia	2,6
Nepal	1,0
Pakistán	1,7
Filipinas	2,7
Sri Lanka	1,9
Media 8 países	1,7
15 países de Asia renaciente	2,5
Otros países de Asia	4,1

FUENTE: Maddison (2002, 143).

total de toda la producción latinoamericana era similar al de Francia y la renta media por persona era sólo el 25 por 100 de la francesa. En cuanto a Asia, aparece un claro contraste entre los países ribereños del Pacífico y los del Índico. Al margen del altísimo crecimiento de algunas pequeñas ciudades-Estado (Singapur o Hong-Kong), claramente excepcional, destacan países medianos como Taiwan, Corea del Sur y Tailandia. Mención aparte merecen los países árabes productores de petróleo, cuyo crecimiento obedeció casi exclusivamente a ese recurso natural.

Más allá de los datos cuantitativos, se plantea una pregunta crucial: ¿hasta qué punto el crecimiento, ocasionalmente mayor en términos relativos que el del primer mundo, ha logrado cambiar sustancialmente la situación de estos países? Para encontrar una respuesta, es necesario examinar antes algunos antecedentes históricos de estos países.

El lastre de la herencia colonial tras la independencia política

La idea, bastante generalizada, de que la pobreza del tercer mundo es la otra cara de la moneda de la riqueza del primero deriva, en buena parte, de la relación colonial que existió entre ambos desde el comienzo de la expansión europea ultramarina. Tras la segunda guerra mundial, la Conferencia de San Francisco (1945) impulsó la descolonización partiendo del principio de igualdad de todos los pueblos del mundo. Aunque desde ópticas muy distintas, las dos superpotencias mundiales eran doctrinalmente anticolonialistas. La URSS porque consideraba la independencia como un requisito para el socialismo y Estados Unidos porque se consideraba un defensor de las libertades económicas. Sin embargo, ambas potencias acabaron practicando nuevas formas más o menos encubiertas de colonialismo: la URSS en el bloque comunista y Estados Unidos a través de sus empresas multinacionales y en defensa de sus intereses, en muchas zonas del mundo, especialmente en América Latina, a la que consideraba una zona exclusiva de expansión. La influencia norteamericana fue enorme, a través de sus empresas, sus diplomáticos —que promovieron, incluso, golpes de Estado como el de Chile contra Salvador Allende— o directamente sus *marines*.

Lo cierto es que, en la década de 1950, más de mil millones de asiáticos accedieron a la independencia, y que en el decenio siguiente fue el turno de los africanos, con la llamativa excepción de las colonias de Portugal y España, dos de los países occidentales más atrasados. El proceso descolonizador se saldó de forma relativamente satisfactoria dadas las fuerzas e intereses en juego y dada la magnitud del movimiento. En general, la descolonización británica fue más negociada, mientras que Francia se embarcó en largas guerras en Indochina (1946-1954) y en Argelia (1954-1962), antes de reconocerles la independencia. En general, allí donde se produjeron guerras de liberación nacional, las nuevas naciones rompieron los lazos con sus antiguas metrópolis; en cambio, donde la independencia fue negociada, se mantuvieron estrechas relaciones políticas y económicas con las ex colonias. Los británicos lo hicieron en el seno de la Commonwealth y los franceses a través de diversas instituciones, como la Communauté Financière

Africaine que creó el franco CFA como moneda común del África francófona. Ninguno de los procesos descolonizadores estuvo exento de errores, algunos tan graves que fueron la semilla de largos conflictos, como la creación británica del Estado de Israel en el corazón del mundo árabe, o la división de la India colonial en dos países radicalmente enfrentados.

Los países nacidos de la descolonización eran muy diversos también en sus condiciones económicas, sociales y culturales, lo que afectó a su futuro desarrollo e incluso a su supervivencia como naciones. En este sentido, fueron especialmente negativas: a) la artificialidad de las fronteras; b) la diversidad étnica, religiosa y cultural en muchos países, teñida a menudo de rivalidad; c) la fragilidad o inexistencia de estructuras administrativas; d) el bajísimo nivel educativo de la población; e) la carencia de infraestructuras, en particular higiénicas y sanitarias; y f) la ausencia de clases medias, especialmente de sectores empresariales autóctonos.

La «edad de plata» de los países subdesarrollados

Naciones Unidas declaró la década de 1950 como el «decenio del desarrollo», a fin de buscar salidas al problema del atraso, en un marco de consolidación de las economías nacionales y mediante políticas más preocupadas por objetivos de producción que por políticas redistributivas activas. Finalizada la década, el Informe Pearson constataba dos realidades: la gran diversidad de situaciones englobadas bajo la denominación común de tercer mundo y la persistencia generalizada de graves problemas demográficos, económicos y financieros. Un somero examen de la evolución de unos cuantos países representativos de los dos continentes sumidos en el subdesarrollo —África y Asia— permite comprender cómo se presentaron estos problemas en una edad dorada que para el tercer mundo no lo fue tanto; en realidad, habría que hablar de una «edad de plata».

La inestabilidad política de África

Parte importante de la herencia colonial en África fueron las armas y los ejércitos que mantuvieron al continente en un estado de guerra permanente: choques interétnicos, guerras fronterizas y religiosas, golpes de Estado militares, y guerrillas de distinto signo. Muchos de estos conflictos respondían a los intereses estratégicos, militares y económicos de las grandes potencias, o incluso directamente a los de las grandes empresas. La guerra de Secesión de Biafra, en la atrasada Nigeria, o la de Katanga en el Congo, respondieron a luchas por el control del petróleo y de otros recursos minerales.

La Unión Sudafricana fue un caso extremo de colonialismo racista, con el *apartheid* que permitía a una minoría blanca y un gobierno nazi beneficiarse de un notable crecimiento económico, conseguido a costa de la explotación de la mayoría negra y del expolio de las inmensas riquezas naturales. Algo mejor les

fue a las colonias francesas e inglesas de la costa occidental africana, que recibieron inversiones y apoyo técnico de sus antiguos colonizadores, aunque con resultados no muy brillantes. Para África, la riqueza de recursos naturales parece haber sido más una maldición que una ventaja; es la llamada paradoja de la abundancia. En general, la conjunción de un colonialismo especialmente explotador y de una situación interna particularmente negativa condujo a África, tras la descolonización, a un callejón de muy difícil salida.

La heterogeneidad de los países asiáticos

Asia gozó de mejor suerte, aunque también con grandes diferencias. El extremo oriente —de Corea a Filipinas— se benefició de su situación en el Pacífico, una zona de intenso comercio marítimo dentro del área de influencia de Estados Unidos y, más adelante, de Japón. De estos países llegaron las inversiones, que unidas al éxito agrario propiciado por la revolución verde y las reformas agrarias, culminó en una vía de desarrollo industrial. En la región del sudeste asiático surgieron numerosas guerrillas comunistas que, ocasionalmente, desembocaron en regímenes genocidas como el de los Jemeres Rojos en Camboya, y siempre en guerras civiles muy cruentas y destructivas. Menos azotada por la guerra, aunque siempre bajo la amenaza de un gran conflicto, evolucionó la región indostánica, que mostró un mejor comportamiento económico. La India registró un crecimiento moderado, nada insatisfactorio dados su tamaño, población y la enorme complejidad de los problemas planteados. Tras dos siglos de colonización, la herencia era heterogénea; positiva en cuanto a infraestructuras (portuarias, ferroviarias, carreteras y regadíos), sanidad y enseñanza (incluida la universitaria) y en lo que concierne a la competencia y solidez de su administración. En la vertiente negativa destacaban el atraso de una economía dominada por una agricultura tradicional (el 70 por 100 del PIB) incapaz de garantizar la alimentación del país y orientada a la exportación, la debilidad de la industria y los grandes desequilibrios regionales. Otros graves problemas, como el rígido sistema de castas, eran muy anteriores a la colonización británica.

Los gobernantes indios practicaron una política económica intervencionista, aunque respetuosa con la propiedad privada y la libre empresa, diseñando planes de desarrollo de tipo indicativo para el fomento de las infraestructuras y la industria básica. Para financiar el desarrollo, dada la insuficiencia del ahorro interno, recurrieron al endeudamiento exterior, que alcanzó niveles preocupantes. Transformar la agricultura resultó difícil: la estructura de la propiedad, muy dual (grandes latifundios y millones de minifundios), era un formidable obstáculo al desarrollo, y los intentos de reforma —incluyendo la expropiación de algunos latifundios, la extensión agraria y el impulso a la revolución verde— no arrojaron resultados satisfactorios. La persistencia de problemas alimentarios demuestra este fracaso, aunque como ha recordado A. Sen, en los países democráticos, como en la India, las malas cosechas no degeneraron en episodios de mortandad masiva por hambrunas. No obstante, es muy probable que el crecimiento económico se tradujera

en una agudización de la desigualdad en la distribución de la renta, problema que no se abordó tampoco con medidas fiscales. Por último, tal vez la faceta más cuestionable de la trayectoria india haya sido el reforzamiento militar. En 1972, con ocasión de la guerra de Bangladesh, un 20 por 100 del presupuesto indio fue destinado a gastos militares, y en 1974 fabricaron la bomba atómica, mientras la renta per cápita seguía siendo de las más bajas del mundo.

Las causas del subdesarrollo

Muy esquemáticamente, las explicaciones sobre los orígenes y los condicionantes del subdesarrollo oscilan en torno a dos grandes corrientes. Por un lado, están quienes lo achacan a factores exógenos, externos a los propios países atrasados, y especialmente generados por las antiguas potencias coloniales y por los países ricos. Para esta corriente, la herencia colonial, las relaciones de intercambio económico desigual con los países ricos y la ineficacia de las ayudas o políticas de desarrollo promovidas por estos países son las responsables del atraso. Por otro lado, hay quienes subrayan las causas endógenas, internas al país subdesarrollado, determinadas por la propia historia, las estructuras sociales, las instituciones políticas y las tradiciones culturales de los países tercermundistas. Los segundos hacen hincapié en que las actitudes, costumbres e instituciones contrarias al desarrollo han sido, en general, autóctonas y anteriores a la colonización, y que han sido los gobernantes del tercer mundo quienes frecuentemente han promovido políticas intervencionistas, antiliberales y autárquicas. Una visión más equilibrada parece que debería conjugar ambas perspectivas, como muestra el caso de la corrupción, uno de los problemas más graves que atenazan al tercer mundo. Aunque a menudo es propiciada desde fuera por empresas y políticos de los países ricos, la corrupción sólo es posible en los países donde las élites políticas y militares autóctonas están dispuestas a corromperse.

Las teorías del subdesarrollo: los factores externos frente a los internos

Un enfoque muy interesante fue el propuesto por economistas como R. Nurske y G. Myrdal hacia 1950. Si el desarrollo era fruto de la actuación de diversos factores en «círculos virtuosos», en el subdesarrollo actuaban «círculos viciosos» que encadenaban distintos tipos de problemas. Así, la baja productividad se debería a la insuficiente inversión, provocada por la escasez de ahorro, consecuencia a su vez de los bajos niveles de renta. A este círculo vicioso se añadirían otros que afectarían al factor trabajo, limitado por el analfabetismo, la desnutrición y la enfermedad; a la inexistencia de instituciones, normas o costumbres favorables al crecimiento (o la existencia de otras que lo estorbaban) o los derivados de desequilibrios sectoriales, con fuerte dualismo entre el desarrollo de los sectores ligados al comercio internacional y el práctico estancamiento de los demás sectores básicos para el país, que producirían para el autoconsumo y para los mercados lo-

cales. La ruptura de estos círculos viciosos requeriría la intervención externa, en forma de capitales, ayudas para la educación, sanidad y alimentación, así como ayudas y asesoramiento para las reformas económicas e institucionales favorables al crecimiento.

Justamente, este planteamiento suscitó fuertes críticas de algunos economistas latinoamericanos, encabezados por R. Prebisch. Para éstos, las inversiones extranjeras y los intercambios comerciales desiguales implicaban nuevos tipos de explotación económica, basados en la dependencia y subordinación de los países atrasados. La información disponible no respalda, sin embargo, un juicio tan rotundo. Así, las inversiones extranjeras en el tercer mundo crecieron espectacularmente entre 1950 y 1973, de 63.200 a 495.200 millones de dólares constantes, lo que suponía respectivamente el 4,4 por 100 y el 10,9 por 100 del PIB total de estos países. Este flujo de capitales, acompañado de transferencias de conocimiento, ha sido decisivo para el desarrollo de muchas economías, aunque en otros casos es posible que las inversiones hayan tenido un efecto muy limitado, favoreciendo exclusivamente el crecimiento de «enclaves», que serían las zonas que reciben la inversión extranjera, que producen para la exportación y que no ejercen efectos multiplicadores sobre el resto de la economía porque no tienen relación con la misma. En cuanto al comercio, el análisis de la evolución de las relaciones reales de intercambio entre productos primarios —que son los que exporta, en principio, el tercer mundo— y los industriales tampoco permite obtener conclusiones tajantes. En general, la relación se deterioró para los productos primarios entre 1950 y 1970. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el nivel de 1950 era anormalmente alto, y que, a largo plazo, el comportamiento parece equilibrado. Además, hay que considerar el creciente poder contractual que adquirieron los países productores de petróleo, englobados en el tercer mundo, en particular tras la creación de la OPEP en 1960. La cuestión es especialmente importante, ya que fueron los propios países pobres los que sufrieron, en mayor medida que los ricos, el encarecimiento del petróleo a partir de 1973.

El papel de la política: las reacciones nacionalistas y la ayuda internacional al desarrollo

La política es otro factor muy importante. La insatisfacción respecto a la relación con los países desarrollados, llevó a amplios sectores de la población de estos países atrasados al rechazo del modelo occidental y a la búsqueda de alternativas más o menos radicales, desde la revolución socialista cubana de 1959, a los despliegues, más frecuentes, de políticas de desarrollo estatificadoras, nacionalistas y autárquicas. Ninguna de las dos alternativas ofreció resultados esperanzadores. Al contrario, el Estado pasó a tener un papel muy destacado en la economía de muchos países subdesarrollados, aunque no a través de las adecuadas políticas monetarias y fiscales, sino mediante medidas interventoras y la nacionalización de empresas. A ello se añadió, con mucha frecuencia, la corrupción y la incompetencia técnica de gobernantes y altos funcionarios, que dieron como

resultado políticas económicas carentes de rigor. Incapaces de abordar las reformas estructurales necesarias, muchos de estos países mantuvieron políticas inflacionistas y deficitarias fiscal y exteriormente. El endeudamiento exterior, las inversiones inadecuadas y la evasión de capitales han sido, en muchas ocasiones, la consecuencia de estas políticas. En definitiva, es difícil compartir los planteamientos de quienes ven las raíces del atraso en un lejano pasado colonial, ignorando o minusvalorando la responsabilidad de sus propios gobernantes y clases dirigentes.

En cuanto al papel de la ayuda internacional al desarrollo prestada por los países ricos, el balance tampoco parece demasiado satisfactorio. Para empezar, resulta difícil cuantificar la ayuda, que puede incluir rubros tan distintos como donaciones de alimentos, préstamos para la compra de material militar o créditos blandos para proyectos locales, pudiendo ser su origen tanto gubernamental como privado, y de tipo bilateral —la mayoría— o procedente de organismos internacionales. Es fácil comprender que cada tipo de ayuda tiene efectos muy distintos sobre el desarrollo económico, y que en algunos casos (como la ayuda alimenticia en especie, o la militar) han llegado a considerarse como negativos. Las estimaciones de la OCDE cifran la ayuda total al desarrollo entre 1945 y 1970 en 165 millardos de dólares, un 90 por 100 procedente de los países capitalistas desarrollados. En lo que concierne a su distribución hay que destacar su irregularidad y la falta de correlación entre ayudas recibidas y pobreza. Los principales países receptores fueron naciones grandes como la India y Egipto, o aquellas estrechamente vinculadas a las grandes superpotencias como Israel, Cuba y Vietnam del Sur. Dada la magnitud de los problemas del subdesarrollo, la limitación cuantitativa de las ayudas, la ineficacia en la utilización de éstas y la escasa vinculación al desarrollo de gran parte de ellas (sobre todo porque una parte no despreciables acabó en las cuentas corrientes suizas de los políticos corruptos de los países receptores de ayudas), no tiene nada de extraño que estos programas no lograsen resultados relevantes.

8.7. ESPAÑA: DE LA AUTARQUÍA A LA INDUSTRIALIZACIÓN

En España, esta edad de oro del capitalismo sólo comenzó a notarse después del Plan de Estabilización de 1959, que cerró el período autárquico que había impedido hasta entonces, gracias a sus pésimas políticas económicas (protección e intervencionismo a ultranza), que el crecimiento internacional tuviese efectos positivos sobre la economía española.

El fracaso de la economía autárquica

En 1945, España era un país agrícola y atrasado, inmerso además en una larga y dura posguerra. Aunque la contienda civil de 1936-1939 no había provocado daños materiales comparables a los de la guerra mundial, la política franquis-

ta de alianza con las potencias fascistas, las pretensiones autárquicas y el intervencionismo económico se convirtieron en graves obstáculos para la recuperación del país. Con la derrota de las potencias fascistas en 1945, el futuro del régimen franquista aparecía más incierto que nunca. Sin embargo, los rápidos cambios en las relaciones políticas internacionales favorecieron de manera inesperada al régimen dictatorial español. En efecto, las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, aliados durante la segunda guerra mundial, se deterioraron hasta desembocar en una abierta hostilidad con la guerra fría. En este nuevo marco, con el comunismo como enemigo fundamental de Estados Unidos se produjo una nueva valoración de España y de su régimen político por las autoridades norteamericanas. Durante la segunda mitad de la década de 1940, tuvo lugar un proceso de acercamiento entre Estados Unidos y España que culminó con la firma de los Acuerdos de Madrid en 1953. El proceso por el que se llegó a los acuerdos fue largo y tuvo que vencer fuertes resistencias de numerosos grupos políticos de carácter democrático en todos los países occidentales, incluido Estados Unidos, que veía en el régimen de Franco el último reducto de los fascismos.

Desde un punto de vista económico la década de 1940 presenta para España un balance muy negativo. De hecho, sólo gracias a la ayuda argentina y norteamericana, los españoles se pudieron salvar de una auténtica catástrofe alimentaria. Resulta extraordinariamente llamativo cómo, en unos pocos años, el régimen de Franco transformó el problema de los excedentes trigueros durante la Segunda República en un grave desabastecimiento de los bienes de consumo más básicos.

El cambio de gobierno de 1951 suele considerarse como la primera muestra significativa de cambio del régimen franquista. En efecto, se puede afirmar que, a partir de dicho año, se emprendió una política, ciertamente vacilante, de apertura exterior y de liberalización económica interior. Dicha política se tendría que haber reforzado como consecuencia de los acuerdos con Estados Unidos, en cuyas cláusulas quedaba recogida la necesidad de llevar a cabo una progresiva normalización de la política económica. La ayuda norteamericana y la restauración de las relaciones económicas con una Europa que crecía con gran fuerza, permitieron la recuperación de la economía española y un primer impulso industrializador. Sin embargo, las resistencias a las reformas por parte del aparato intervencionista del franquismo resultaron muy fuertes y, a finales de la década de 1950, la delicada situación de las cuentas exteriores, en práctica suspensión de pagos, forzó la adopción de un programa de reformas que conocemos con el nombre de Plan de Estabilización de 1959.

Este plan recogía una serie de medidas de liberalización interior, eliminaba normas y organismos de intervención, saneaba las cuentas públicas, abría la economía al exterior y fijaba un tipo de cambio realista de la peseta. Dentro de las restricciones que imponía el régimen de Franco, internas e internacionales, el Plan de Estabilización llegaba en sus reformas al límite de lo posible. Recuérdese que, en 1959, se producían en Europa importantes movimientos de integración económica, de los que España quedaba apartada, dado el carácter de su régimen político.

La industrialización y la convergencia hacia la economía europea

A pesar de quedar, institucionalmente, al margen de este movimiento de integración europea, la economía española se benefició ampliamente del espectacular crecimiento de Europa en los dorados años sesenta. Los mecanismos de transmisión del progreso son bien conocidos. En primer lugar, la demanda europea provocó un gran crecimiento de las exportaciones españolas lo que permitió adquirir una amplia gama de productos necesarios para el desarrollo industrial del país. En segundo lugar se produjo un intensísimo proceso de emigración de trabajadores españoles con destino a los países industriales, a la vez que España se convirtió en un destino cada vez más importante de vacaciones de los ciudadanos europeos. Finalmente, tuvo lugar una amplia apertura a las inversiones de capital extranjero. Estos cuatro fenómenos: crecimiento del comercio exterior, emigración, desarrollo turístico e inversiones extranjeras fueron la base que sostuvo el definitivo proceso de industrialización español durante la década de 1960. El crecimiento económico español fue superior a la media europea, lo que permitió un proceso de convergencia. Conviene resaltar que todos los elementos tenían un común denominador: eran diversas facetas del mismo fenómeno de apertura e integración internacional de nuestra economía. La industrialización tuvo, pues, lugar durante el franquismo pero en forma diametralmente opuesta a los planteamientos autárquicos e intervencionistas que constituían la esencia programática del régimen dictatorial de 1939.

Los efectos de este proceso de integración desbordan muy ampliamente el aspecto económico. Así, la emigración exterior no sólo fue una rica fuente de divisas sino que, además, permitió resolver el grave problema de falta de puestos de trabajo en el interior del país. Los emigrantes tuvieron ocasión de conocer otras realidades políticas y otros sistemas sociales acumulando un rico caudal de conocimientos. Igualmente, el turismo, además de engrosar los saldos exteriores, revolucionó la sociedad española. El régimen no podía imponer a los visitantes su ley de silencio, ni sus normas, ni siquiera sus preferencias en las formas de vestir. No deja de ser significativa la anécdota del alcalde franquista de Benidorm que logró que el propio dictador facilitara la «legalización» del uso del bikini en las playas de este centro turístico mediterráneo. Los intereses económicos se imponían a la estricta y estrecha moralidad del nacionalcatolicismo.

Fue en este contexto de apertura internacional en el que se produjo la definitiva industrialización del país. El sector agrario sufrió un aceleradísimo proceso de modernización. La adopción de todo tipo de innovaciones en los medios de producción agraria (maquinaria, abonos químicos y productos fitosanitarios) fue paralela al proceso de emigración del campo a las ciudades industriales y al extranjero. El desarrollo industrial, por su parte, sufrió algunos inconvenientes derivados de la persistencia de las prácticas intervencionistas y proteccionistas del franquismo y de sus prejuicios sobre los sectores que merecían una atención preferente. Por otra parte, la propia naturaleza del régimen era un obstáculo para el progreso de la educación y de la investigación y, en definitiva, para el desarrollo

del capital humano. La ausencia de una reforma tributaria y de una política keynesiana como las que se practicaron en Europa impidieron que el Estado español gastase más en esos bienes preferentes como la educación y la sanidad, pero también en infraestructuras de transportes y comunicaciones, y frenó el crecimiento económico. En estas condiciones, la industrialización española se basó en el desarrollo de los sectores tradicionales y en la masiva utilización de mano de obra con escasa cualificación. Durante la década de 1960 la jornada de trabajo, legalmente establecida en ocho horas, se elevaba a diez o doce horas, por la generalización del sistema de horas extraordinarias. La causa de ello era la deficiente estructura institucional del mercado de trabajo, donde el despido estaba prohibido. Por ello, los empresarios preferían recurrir a las horas extraordinarias que arriesgarse a contratar a nuevos trabajadores, que luego sería muy difícil despedir. Ésta es la razón por la que España, como hemos visto al comienzo del capítulo, era uno de los países europeos en el que se trabajaban más horas. Esta rigidez del mercado de trabajo, como también ocurría en otros mercados, particularmente en el financiero, también limitó el crecimiento.

En conclusión, durante la década de 1960, España se convirtió en un país industrial gracias, fundamentalmente, a la favorable influencia exterior. Sin embargo, en muchos aspectos, la sociedad española permanecía muy alejada de los patrones europeos, dado el programa franquista de hacer compatible el crecimiento económico con los mayores niveles posibles de inmovilismo político y social.

8.8. CONCLUSIONES

Con la perspectiva que nos proporciona el paso de los años, se reafirma la visión de que el mundo vivió, en el período 1950-1973, una época excepcional desde el punto de vista económico. El crecimiento fue intenso y general, aunque también es cierto que sus frutos, en términos de bienestar de la población, no alcanzaron a todos los habitantes del mundo. Aunque se acortaron, las desigualdades entre los países, así como las desigualdades sociales y de género, siguieron constituyendo graves problemas desde una perspectiva mundial.

En el corto período de treinta años, el mundo conoció uno de los cambios económicos más dramáticos de la historia de la humanidad. Desde 1945, y a partir del núcleo soviético, se produjo una expansión del sistema económico comunista, que se convirtió en una alternativa al capitalismo. En algún momento, pareció que su difusión por amplias zonas del mundo era imparable. También hubo momentos en que parecía inevitable el conflicto armado (nuclear) entre las dos superpotencias. Aunque el colapso definitivo del régimen comunista se produjo más tarde, a comienzos de la década de 1960 se empezaron a vislumbrar los graves problemas que afectaban a las economías socialistas y, particularmente, su fracaso desde el punto de vista del logro de una sociedad más rica, más justa y más igualitaria.

De manera mucho más limitada, también el mundo capitalista se tuvo que enfrentar a una importante crisis. El modelo de crecimiento, incluido su entramado

institucional, mostró, con ocasión de la crisis petrolífera de 1973, que los viejos males económicos del capitalismo no eran, definitivamente, cosa del pasado, aunque es verdad que no se presentaron con la misma virulencia que en otras crisis anteriores. La explicación radica en que, durante la crisis iniciada en 1973, siguieron actuando las instituciones internacionales creadas en Bretton Woods y las establecidas en los diferentes países. Por un lado, a pesar de la crisis del sistema monetario internacional, los países siguieron colaborando en el ámbito de los organismos internacionales (FMI, BM, GATT), de manera que se descartaron las reacciones proteccionistas que habían surgido en la crisis de la década de 1930, y las transacciones comerciales y financieras internacionales no colapsaron. Por otro lado, el Estado del bienestar se encargó de amortiguar la caída de la renta, la producción y el empleo, fundamentalmente, a través de los estabilizadores automáticos (impuesto sobre la renta y seguro de desempleo) y de las políticas redistributivas; además, las políticas industriales activas consiguieron reducir las secuelas de la crisis y el aumento del desempleo.

Desde una perspectiva mundial, finalmente, la explosión demográfica terminó apareciendo como el problema más amenazador; particularmente para los países atrasados. La degradación del planeta, como consecuencia de la presión de la población y de un modelo de desarrollo que devoraba los recursos y que tenía importantes efectos contaminantes, empezó a mostrarse como un reto global de muy difícil solución.

LECTURA RECOMENDADA

Albert Carreras, (2003), «El siglo xx, entre rupturas y prosperidad (1914-2000)», en A. Di Vittorio (Coord.): *Historia económica de Europa. Siglos xv-xx*, Crítica, Barcelona. Concretamente, los tres epígrafes siguientes: 2.4. «Segunda guerra mundial y diseño del nuevo orden económico internacional»; 2.5. «Reconstrucción posbélica, división en bloques e integraciones regionales»; y, 2.6. «La emergencia del tercer mundo. La edad dorada», en las páginas 381-397.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Dos grandes obras, por extensión y calidad, aunque publicadas hace ya algún tiempo, son las de P. Léon, dir., (1978), *El nuevo siglo xx: 1947 a nuestros días. Historia económica y social del mundo*, vol. 6, Madrid, Zero Zyx-Encuentro, y la de C. M. Cipolla ed., (1978), *Historia económica de Europa*, Barcelona, Ariel, vols. 5 y 6. La obra dirigida por P. Léon tiene un enfoque muy amplio, temática y geográficamente. La presencia de los problemas políticos y sociales, junto al análisis de las cuestiones económicas, es digna de destacar. Igualmente, es muy interesante la atención prestada a grandes regiones del mundo y a países que, habitualmente, quedan fuera de los manuales. La obra dirigida por Carlo M. Cipolla está centrada en el ámbito europeo y su enfoque es fundamentalmente económico. La obra de H. Van der Wee (1986), *Prosperidad y crisis. Reconstrucción, crecimiento y cambio, 1945-1980*, Barcelona, Crítica, se corresponde casi plenamente, en

cuanto a la temática, la cronología y el espacio geográfico, con el título de este capítulo. De carácter más general, en lo que concierne a los temas tratados y a los estudios nacionales, es la obra de J. R. Díez Espinosa et al. (2000), *Historia del mundo actual. Desde 1945 hasta nuestros días*, Universidad de Valladolid, Valladolid (2ª edición revisada y ampliada).

También resulta muy atractiva la obra de M. Nouschi (1999), *Historia del siglo xx. Todos los mundos, el mundo*, Madrid, Cátedra, en una línea muy francesa de historia de las civilizaciones, con abundantes referencias al arte, la ciencia, la cultura o la tecnología. Las obras de D. H. Aldcroft (1997), *Historia de la economía europea (1914-1990)*, Barcelona, Crítica; G. Mammarella (1996), *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, Barcelona, Ariel y Vera Zamagni (2001), *Historia económica de la Europa contemporánea*, Barcelona, Crítica, están centradas en el ámbito europeo. La de Aldcroft, con varias reediciones, tiene un valor reconocido; la de Mammarella es una historia general, excelente en la faceta política, y en la que los problemas económicos están bien tratados, y la de Zamagni es un modelo de concisión. Finalmente, la obra de R. Service (2000), *Historia de Rusia en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, es una historia de la URSS, desde su nacimiento con el final del zarismo hasta su desintegración en la actualidad. Analiza de manera muy equilibrada los aspectos políticos, sociales y económicos, y lo hace de forma sintética en un texto relativamente breve, dada la amplitud del objeto de estudio.